Alejandra Kamiya

LOS ÁRBOLES CAÍDOS TAMBIÉN SON EL BOSQUE

BAJOLALUNA

Kamiya, Alejandra
Los árboles caídos también son el bosque / Alejandra Kamiya - 2a reimp.
- Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Bajo La Luna, 2018.
128 p. ; 20 x 13 cm.

ISBN 978–987–1803–80–4

1. Cuentos. I. Título
CDD A863

Segunda reimpresión: marzo 2018

© Alejandra Kamiya, 2015

© **BAJOLALUNA**, 2015, 2016, 2018
Av. Corrientes 4709, 7mo. 72
1414 Ciudad de Buenos Aires
República Argentina
www.bajolaluna.com

ISBN 978-987-1803-80-4

Queda hecho el depósito que establece la ley 11.723
Impreso en Argentina

Prohibida la reproducción total o parcial sin permiso escrito de la editorial.
Todos los derechos reservados.

Desayuno perfecto

No vas a esperar a que se cuele la luz por la ventana. Vas a mirar a Takashi dormir a tu lado. Vas a pensar que es bueno que descanse porque lo espera un largo día de trabajo. Vas a levantarte del futón sin hacer ruido, y levísima vas a andar por el *tatami* hasta la cocina, donde te vas a vestir para no rasgar el sueño de papel de Hiro y de Takashi.

Un desayuno perfecto requiere pescado fresco y el pescado más fresco está en los alrededores del mercado de Tsukiji. Es temporada de caballa.

Vas a ir en tren a Tsukiji por una caballa perfecta.

Una vez allí todas te van a parecer bellas. Ese reflejo azul, las líneas de tigre en negro mojado, siempre mojado, como un recuerdo que nunca se seca, un recuerdo del océano.

Vas a cerrar los ojos y vas a elegir. No te vas a dejar llevar sólo por lo que veas.

Vas a hacer el viaje de regreso a casa con la caballa perfecta en una bolsa, deseando que no se produzca ninguna demora. Sería una pérdida de frescura. Una grieta en la lisura de tu plan.

Una vez en casa, vas a cortar la caballa a la mitad y la vas a salar, para que retenga en ella su espíritu del mar.

Vas a poner el arroz en remojo, después de haberte lavado las manos con ese jabón de coco que te regaló Mariko. Qué afortunada. ¿Cuántas japonesas se lavan por la mañana la cara y las manos con un jabón de cocos?

Vas a imaginar una playa como las de los avisos de agencias de viaje y vas a acercar tu imaginación a la punta de las palmeras: vas a ver los cocos, con los que hicieron el jabón para que tus manos sean suaves esta mañana. Vas a desear que algo de esa playa y esa blancura del coco pase al arroz a través de tus manos cuando lo laves y lo dejes en reposo.

El reposo es importante. En todo.

Para hacer el *miso shiru* vas a perfumar el agua con pequeñas anchoas secas. Vas a imaginar la danza del dulzor del coco con el sabor salado de las anchoas. Como si ese mar que acaricia los pies de las palmeras volviera a hacerlo en Tokio, en tu casa.

No vas a poner muchas anchoas en el agua porque sino esa danza de sabores se transformaría en una lucha.

Vas a abrir el *natto*, y el paquete de *nori*, ese que compraste después de ahorrar. *Nori* de una negrura perfecta, como una muerte. Sin los atisbos de verde de las algas comunes.

Hay algo de soberbia en este gesto y te vas a avergonzar, pero la idea de un desayuno perfecto va a volver a convencerte de que hiciste bien, de que un solo elemento de otra calidad echaría a perder el trabajo puesto en todos los demás.

Por eso también vas a usar el té del primer brote, ese del sur del Japón. Vas a retirar el agua del fuego antes de hervir, vas a humedecer apenas las hojas y luego de echar

el agua las vas a dejar reposar. Se van a desperezar y van a dejar salir su sabor, su perfume, su esencia verde en tu cocina gris. Vas a ir a la habitación de tu hijo. Vas a quedarte arrodillada junto al *futón* mirando su respiración. Podrías pasar todo el tiempo del mundo así. Qué egoísta. Podrías dejar que el desayuno se pudriera en la cocina, y el resto del mundo sin sentido se hiciera pedazos allí afuera, y seguir arrodillada junto al *futón* de Hiro. Como si fuera tuyo y no del mundo que lo espera y del que es un engranaje más.

Vas a poner una mano en su pequeño hombro flaco. El niño va a decir "Hi" y le vas a responder con un tono de voz ni alto ni bajo que es la hora de levantarse.

Él se va a restregar los ojos y va a decir "Sí, mamá" y luego se va a volver a tapar para remolonear un minuto más.

Luego vas a volver a la cocina y vas a escuchar cómo Hiro y tu marido se preparan para sus días llenos de obligaciones, como árboles llenos de frutos o de flores.

Vas a mezclar la mostaza con el *natto*: una danza de espadas. Un tintineo filoso en tu nariz.

Vas a colocar todo sobre la mesa con el mismo cuidado de cada mañana pero buscando algo más.

Ningún ángulo debe desafinar, ningún color puede chocar o apagarse, deben fluir hasta Hiro y su papá.

Los perfumes deben seducir como lo que se oculta. El orden debe ser amable como la voz de las chicas de los ascensores de los grandes almacenes.

Vas a colocar una pequeña flor junto al recipiente del *natto*. Casi un gesto de vanidad que no vas a poder evitar. Una señal tal vez.

Tu marido y Hiro van a arrodillarse alrededor del desayuno. Vas a disfrutar mirándolos comer. Hiro, un poco desgarbado como acurrucado aún en el sueño, se va a restregar la cara con el dorso de la mano que sostiene los *ohashi.*

Vas a romper un huevo y lo vas a colocar en su bol. Un sol se va a esparcir por un pequeño mundo de arroz.

Vas a ver a Hiro terminar de despertarse al masticar, y vas a percibir que se da cuenta de que éste es un desayuno perfecto. Tu marido va a comer hasta el último grano de arroz, lo último del natto, la última fibra de la caballa y va a asentir mientras lo hace.

"*Oishi*", va a decir Hiro, y vas a estar satisfecha y vas a agradecer, inclinando apenas la cabeza y sonriendo más con los ojos que con los labios que no se despegan. "*Oishi*" va a repetir el niño, y vas a sentir un pez globo en el pecho. Tu marido va a volver a asentir.

La mesa va a quedar vacía. Sólo los bols, tazas, pequeños platos, vacíos como esqueletos. Y la flor, abierta como una boca que grita. Muda de sentido en su belleza.

Hiro va a decir que tiene clase de inglés y se va a levantar corriendo.

Tu marido va a esperar un poco, como si reposara, como el arroz, como el té. Luego se va a poner de pie apoyándose en los puños.

Vas a recoger las cosas de la mesa. Las vas a dejar cubiertas de espuma en la pileta. Te vas a enjuagar las manos para despedirlos. Vas a usar tu jabón de coco una vez más.

Hiro va a llevar su mochila y su gorra de béisbol.

Le vas a decir que se la debe quitar antes de entrar al colegio.

Él va a asentir y te va a decir que su amigo lo espera en la otra calle.

Le vas a decir que no lo haga esperar.

Tu marido, ya en la puerta, antes de calzarse, te va a decir que ha sido un desayuno perfecto. Vas a agradecer.

Una vez sola en la casa, vas a limpiar en detalle, como siempre, pero de otra manera. Todo puede siempre mejorarse. Qué falta de humildad sería no intentarlo.

Al terminar, te vas a sentar junto al horno y vas a abrir la puerta, hacia abajo como los puentes levadizos.

Vas a girar la llave y vas a apoyar la cabeza en la puerta como si fuera una almohada en la que vas a descansar.

La nota de disculpas ya estará hecha y la habrás dejado sobre la mesa.

Vas a pensar en las playas llenas de sol y palmeras muy altas. En las puntas vas a ver cocos y vas a adivinar su interior blanco y su perfume.

Vas a mirar el mar, vas a sentir ese olor extraño que viene y va.

Los restos del secreto

Su desnudez no exhibe partes, las partes que normalmente están cubiertas. La desnudez de Guillermina es como la de los árboles en otoño: lo que muestra es falta. Con los huesos marcados, saliéndoseles las puntas aquí y allá, Guillermina tiene algo de ala de murciélago, algo de paraguas abierto a medias.

Belinda en cambio es como un pan casero grande y blanco.

Se disfrazan.

El campo de la pampa es plano, como una hoja, y allí van ellas a escribirle encima historias.

Belinda mueve la cabeza para que le caiga sobre un ojo un mechón negro y lacio. Lleva una bandeja rota sobre la que acomodaron paquetes vacíos de Jockey Club y Parliament, y dos cigarrillos enteros que Guille le sacó a su abuelo a la tarde.

Las argollas de los aros rozan los hombros redondos de Belinda, que se mira en el espejo atado con alambre a la chapa del galpón. Se pinta la boca y la transforma: todo lo que diga con esta nueva boca roja será importante.

Entra el torero: Guillermina con un sombrero negro, calzas y una faja violeta. Tiene el paño cubriéndole un

hombro. Es la cortina de la cocina de antes. Guille camina como si lo hiciera sobre una cuerda, un pie en línea con el otro. Tiene los labios ligeramente tensos, como si quisiera sostener el bigote dibujado con corcho quemado. Una mano en la cintura. Con la otra se quita el sombrero y saluda mirando lejos. De sólo ver cómo camina, Belinda puede escuchar a la multitud que lo aclama.

"Carmen", dice Guille, erguida. "Véngase conmigo a la montaña. Tengo una banda. Robamos de todo. Voy a darle una vida, Carmen". "Ay, torero, yo ya tengo una", dice Belinda bajando la vista. "Puedo darle otra, Carmen", insiste Guillermina. "Pero, torero, cada uno tiene una vida sola", dice Belinda reacomodando las cajas de cigarrillos. "No, Carmen", dice Guillermina, revoleando el paño. "Tenemos muchas, como los caminos. Si no las andamos, les crecen los yuyos y las tapan. Anímese, Carmen, vamos". "Bueno, torero", dice Belinda haciéndose el pelo a un lado. Miran al frente y caminan con el mentón levantado. Cuando juegan siempre tienen el mentón levantado. El resto del tiempo, en cambio, lo bajan y son los ojos los que sobresalen. Sobre todo los de Guillermina, tan hambrientos y tan grandes.

La historia de Carmen la leyeron en la tapa de un disco. En el casco tiraron unos cuantos de pasta y de vinilo y Guille y Belinda los guardaron.

Siempre guardan cosas y con ellas construyen otras. En ese mundo las cosas son libres y se transforman. El paño del torero de hoy fue ayer mantel de un festín egipcio, y antes mantita de bebé de una especie de tragedia griega. El bebé había muerto y Guille y Belinda hicieron un cortejo fúnebre. Al principio parecía que a Guille no

le pasaba nada. Caminaba en silencio junto a Belinda que lloraba a los gritos y se golpeaba el pecho, estrujando las flores y tironeándose la ropa. Guille, que era el padre, caminaba en silencio sin mover los brazos, hasta que de repente cayó vertical en la tierra y Belinda creyó que estaba muerto. Belinda hacía la señal de la cruz tan rápido que parecían ochos, uno detrás del otro, y al final un beso fuerte en la punta de los dedos, y luego otra cruz, otro ocho torcido entre la frente, los hombros y el pecho.

Después se preguntaron si es posible morir de tristeza o no.

"Se puede morir de tristeza, y de amor también", dijeron. "Tanto", dijeron, "que hay que tener cuidado". Pensaron en la señorita Ana. Guille y Belinda tenían miedo de que se muriera. Hasta las cuentas que escribía en el pizarrón daban tristeza. "Lo malo de los novios", habían concluido ellas, "es que te dejan".

Guille y Belinda se sientan juntas, y juntas van y vienen de la escuela de la estancia hasta el puesto en donde vive Belinda. La casa de Guillermina queda más cerca de la casa grande y de los girasoles.

Una tarde, casi de noche, el padre de Belinda se acerca a la pileta donde ella lava los platos y dice: "Usted no me viene más de la escuela con la hija de Cáceres". "¿Por qué?", dice Belinda, con los ojos muy abiertos.

Juan Arancibia mueve el escarbadientes en su boca y dice: "Porque usted no me viene más de la escuela con la hija de Cáceres".

Esa noche Belinda no piensa en lo que va a ser cuando sea grande. Belinda se hace preguntas y como no se responde, no duerme.

Cuando le cuenta a Guillermina, ella dice que no le haga caso, que van a ir por el monte, para que no las vean y no le vayan con cuentos al padre.

Y al final todo resulta mejor, porque en el monte arman una casa.

Cada día le agregan una parte y la casa crece y las recibe todas las tardes.

Es una magia lenta, (no todas las magias son rápidas), la magia que hace que donde ellas imaginan una pared y dicen "de acá hasta acá", de a poco vaya creciendo algo de verdad.

Cuando la madre de Belinda cocina siempre dice que lo hace lento "para que no se arrebate". En eso piensa Belinda mientras coloca rama sobre rama.

Le gusta hacer las cosas despacio. Elige las ramas entre las que Guillermina va juntando y las hace encajar para que pase lo menos posible la luz, la lluvia, el frío. Podrían llenar esos huecos con barro, hacer una especie de adobe. "O adobe de verdad", piensa Belinda. Podría decirle al padre. Pero entonces él preguntaría para qué quiere saber y diría algo sobre Cáceres y todo se arruinaría.

La casa se llama El secreto, piensa Belinda. Los secretos contienen a la gente adentro, protegiéndola o haciéndola prisionera. Todas las casas podrían llamarse así. Pasamos del secreto de nuestros padres a formar nuestro propio secreto con la persona que elegimos.

Belinda elige a Guillermina y hacen una casa de paredes sin ventanas. Cuando uno es viejo, sigue pensando Belinda, a veces se queda sin poder compartir su secreto con nadie, o lo que es peor, como el abuelo de Guillermi-

na, teniendo que compartirlo con un montón de gente a la que no eligió. O tal vez el abuelo de Guille ya no tiene un secreto.

Antes de irse, se meten en la casa. Está bajando el sol y adentro casi no hay luz. "Me gustaría vivir siempre acá", dice Guille, suspirando.

Hay ruido de pájaros.

No, es un pájaro. Uno solo.

Comienza a hacer frío, como si el frío fuera cayendo lentamente del cielo sobre todas las cosas y las abrazara antes de entrar en ellas y transformarlas.

"Seamos fantasmas entonces", dice Belinda, porque Guille dijo que quería quedarse para siempre.

Guille sonríe y pone las manos sobre su regazo. Mira la luz que apenas entra por el hueco de la puerta de la casa.

El canto del único pájaro se va apagando.

Hay algo de despedida en esta hora de la tarde.

Saben que tienen que volver, se levantan, toman sus cuadernos y sus lápices.

"Las mujeres aman sus casas", dice Belinda mientras caminan por el monte. "Mi mamá no", dice Guille, arrastrando un palo. "Otras mujeres aman otras cosas", dice Belinda entonces. "Mi mamá no", dice Guillermina golpeando el camino con el palo. "Algunas mujeres no aman nada", dice Belinda, intentando sonar convincente. Mira a su amiga, que tira el palo lejos. Lo más lejos que puede.

Al día siguiente se enteran de que María Antonia tuvo a su bebé. Mientras el pizarrón se va llenando de letras Guillermina recuerda la panza de María Antonia.

Ellas habían jugado varias veces a llevar un bebé en la panza poniéndose muñecos debajo de la ropa. Pero cuando Guille vio a María Antonia pensó que había sido un gran error hacerlo de ese modo, que había sido como querer representar un huevo dibujando la silueta del pollito. Guille recuerda la sensación como de melón, de bola, luna, huevo, fruta, manos ahuecadas. Quitarle la redondez es quitarle todo.

"¿Qué estás pensando, Guillermina?" pregunta la Señorita Ana. "Nada", dice Guille y empieza a copiar las letras en el cuaderno. Lo redondo es completo, es lo que piensa y calla.

La bebé es parecida a los terneros, a los cachorros, y hasta a los pollos. María Antonia ya no es redonda. Apenas gorda. "¿Cómo se llama?", dice Belinda sin tocar a la bebé que duerme. "Camila", dice la madre. "¿Por qué?", pregunta Belinda, como si los nombres tuvieran una explicación. "Por una película", dice María Antonia. "Una chica se enamoraba de un cura y él de ella, y como eso es pecado terminaban fusilándolos a los dos". Guille y Belinda se miran. Han atrapado otra historia.

Cuando terminan la casa del monte, la transforman en la casa del cura y Camila. La policía los viene a buscar y allí nomás, contra una de las paredes de la casa, los fusilan.

Camila tiene un vestido blanco, un ramo de lirios amarillos en la mano, el pelo levantado y lleno de flores color violeta. Le vendan los ojos con un trapito verde. Con otra parte del mismo trapo, le vendan los ojos al sacerdote, que lleva la sotana puesta. Un vestido más largo, negro, que era de la abuela de Belinda. Dicen sus últimas palabras. "No nos arrepentimos" y "Te amo".

La escena del fusilamiento es en cámara lenta, y como si en lugar de tirar todos juntos los soldados se hubieran turnado, llueven balas que atraviesan los cuerpos muchas veces y los hacen bailar contra la pared de la casa. Caen en la tierra y, con los ojos vendados, se buscan arrastrándose. Se toman de las manos. Guille aprieta los labios. Belinda no termina de morirse nunca. A Guille la carcajada se le escapa y Belinda se contagia. "No te rías", dice. Se ríen las dos, acostadas en la tierra, Guillermina panza arriba, Belinda de costado. Nada les da más risa que la muerte.

Ya una vez jugaron a estar muertas. "¿Cómo será estar muertas?", se habían preguntado.

Fueron al bajo, donde la tierra es barro y llevaron palas. Hicieron dos huecos del tamaño de sus cuerpos. Habían cortado hortensias en la casa grande y rodearon sus tumbas con ellas. Tomaron barro y se lo pasaron por las caras con las dos manos. Pusieron una sábana en los huecos, como si se tratara de camas y sobre ella se recostaron y se envolvieron.

Belinda tenía en las manos un ramito de margaritas mustias y una estampita de San Gerónimo. Guillermina cruzó sobre el pecho los brazos, sujetando un rosario de plástico.

Esperaron un rato y el barro avanzó solo. No había mareas en ese lugar que no era ni mar ni laguna sino apenas un bañado, pero el barro siguió avanzando, como si tuviera hambre.

"¿Cómo es tu muerte?", dijo Belinda. "Fría", respondió Guille, "y un poco incómoda. Los bichos me están comiendo, creo". "Yo estoy subiendo y ya no sien-

to nada". "Belinda, yo me hundo". "De polvo eres y al polvo volverás", dijo Belinda con voz solemne y los ojos cerrados.

Guille sintió que era de barro. Belinda, se vio a sí misma como una santa. Las santas son hermosas, pensó.

Después estuvieron en silencio un rato.

Cuando se cansaron de estar muertas corrieron a lavarse a la bañadera con patas que hay junto al galpón y siempre se llena de agua. Se metieron las dos y fueron barcos.

Esa noche la madre de Belinda vio la tierra en las uñas y la mandó a frotarse con el cepillo. Belinda usó el del caballo.

A Guille nadie le dijo nada y ella se olió las manos, en la cama, y se durmió acordándose de la muerte dulce de esa tarde.

Un sábado a la mañana el padre de Belinda le dice a su mujer que carnearon, pero que a él no le tocó nada. La madre de Belinda dice que era una vaca rara esa, sin todas las partes, medio incompleta.

Juan Arancibia muerde el escarbadientes y dice que la vaca del problema se apellida Cáceres y que ya le va a acomodar él las partes.

Cuando se sientan a comer la madre de Belinda le dice que no se olvide que Cáceres es el que manda ahora en la estancia. Juan Arancibia sonríe. Juan Arancibia nunca sonríe. No puede ser bueno que lo haga. Belinda no dice nada. Tampoco le cuenta a Guille.

Y Guillermina tampoco dice nada cuando el domingo después del asado, Jacinto, el mayor de sus hermanos, que ahora también es peón en la estancia, le dice al padre:

"¿Y cómo dice que va la doma de Arancibia ?". Eusebio Cáceres demora en responder.

"Ta medio negao el animal", dice al fin, mientras acomoda las hebras del tabaco sobre el papel.

Jacinto se ríe, saca de atrás del cinto un rebenque y se lo extiende a su padre, que indiferente a la broma, moja el papel, lo enrolla, y afina las puntas varias veces. Aspira largo y traga.

Cuando deja salir el humo no parece venir de sus pulmones sino de mucho más lejos, de un rincón profundo de su alma.

"Guarde el rebenque si no lo va a usar", lo reta el padre, y Jacinto obedece, ya sin ganas de hacer chistes.

Eusebio Cáceres da otra pitada, como quien se aquieta y busca en la quietud impulso para dar un salto.

A los pueblos les gustan las peleas. Los chismes revolotean alrededor de ellas como los bichos alrededor de la luz y de la bosta.

Las versiones nacieron en diferentes puntas, se cruzaron y alimentaron mutuamente, se enredaron y algunas cayeron. En lo único en lo que coinciden todas es en los vasos de ginebra, en las miradas y en que nadie se pasó tanto cuchillo en los últimos años como Arancibia y Cáceres.

Y ya se sabe cómo es la sangre, que en cuanto brota, pide más, convoca, y dos hombres que sólo querían medirse, en pocos minutos quieren ver las tripas del otro al aire.

Arancibia perdió un ojo y algunos dicen que el honor.

Cáceres, más bruto y más aguantador estuvo a punto de morirse desangrado, pero, tal vez sólo por molestarlo a Arancibia, por ganarle de algún modo, resucitó.

Alguien habló de abogados y denuncias, pero en eso coincidieron los dos al decir que esas son mariconadas.

Los Arancibia se mudaron al pueblo, como los perros cuando se alejan después de la pelea.

Cáceres no le dijo que se fuera ni lo hubiera hecho. Arancibia se fue solo.

Las peleas cuerpo a cuerpo entre hombres tienen la capacidad de solucionar las cosas sin cambiar nada.

Cáceres sigue pensando que Arancibia es un desacatado y Arancibia sigue creyendo que deberían haberlo nombrado encargado a él y no a Cáceres, pero es como si esos mismos pensamientos hubieran logrado acomodarse.

Hay, sí, un acuerdo tácito de territorios: Cáceres en la estancia, Arancibia en el pueblo.

Belinda llora cargando las cosas cuando se mudan y al acomodarlas en la casa nueva a la que odia.

"No es un rancho", dice la madre, orgullosa, y Belinda llora.

Sigue llorando cuando va a la escuela del pueblo, llora mientras copia del pizarrón y en los recreos y vuelve llorando a casa, donde ayuda llorando a hacer la comida y lavar los platos.

Pero llora como si respirara. Apenas unas líneas brillantes, como las de los caracoles en la pared, cruzándole la cara. Un llanto continuo bajo la amenaza también silenciosa y continua de que si vuelve a la estancia se mudarán aún más lejos. Ningún Arancibia puede romper el acuerdo.

A los dos días Guillermina aparece, como una especie de milagro, como una luna inesperada, casi en las ancas del caballo de Carlos, el marido de María Antonia, que trae mercadería para mandar a Buenos Aires.

Cada tres o cuatro días Guillermina consigue ir al pueblo. Siempre alguien se apiada: llega un día en el Rastrojero de Hernández, otro a caballo con Antonio, otro en bicicleta con alguno de los gemelos polacos.

Y juegan. Juegan igual que antes y abren ese espacio que queda afuera del mundo, o mejor dicho que deja al mundo afuera, lo hace ver ridículo, lo pone en evidencia.

El primer día juegan a tener panza, las dos, la panza redonda que le vieron a María Antonia. Usan pelotas y ponen las manos por debajo para sostenerlas, como hacen las embarazadas de verdad. Belinda va a tener una nena, y Guillermina no sabe, pero el padre es un vendedor de productos veterinarios de los que a veces visitan la estancia en auto.

Guille tiene antojos y Belinda, pesadillas. Sueña con árboles que la persiguen. Guillermina le dice que ponga un cuchillo debajo de la cama.

Otro día juegan a ser mujeres del "Oasis", esa casa con luces rojas que está sobre la ruta y de la que todos hablan sonriendo o enojándose.

"Hay mujeres en bombacha y corpiño", le dijo la madre a Belinda cuando preguntó. También escucharon algo de cómo hacen que los hombres se tomen unas copas. Se las imaginan con los ojos maquillados, llenas de collares, pulseras y aros largos. Los hombres se pelean por ellas y ellas miran mientras toman Coca Cola en la barra.

La tercera vez Guille llega con marcas en los brazos. "Fue tu papá", dice Belinda. "No", responde Guille, "el Jacinto, que es un tarado". "Porque venís al pueblo", dice Belinda. "No, porque es un tarado", repite Guille.

Después pasan muchos días, largos, tristes, sin Guillermina. Arrancan a la mañana como algo que espera llenarse y siguen así, abiertos como bocas de pichones, hasta que la noche les cae encima como si los partiera, si es que se puede partir la nada.

"Mañana sí", piensa Belinda, para no morirse.

Cuando llega, Guille tiene los pies lastimados. El padre le ha dicho a Jacinto que se ocupara de que ella no se fuera más pero sin pegarle, y Jacinto le escondió las zapatillas, las ojotas y todo lo que pudiera protegerle los pies en los tres kilómetros que separan al pueblo de la estancia.

Belinda le lava los pies en la palangana con agua tibia y sal. Luego le pone sus propias zapatillas y se las ata.

Ese día no juegan. Miran venir una tormenta por el sur, oscura e inevitable, y se abrazan en silencio.

Guille no le cuenta a Belinda que su mamá se fue.

Es imposible saber si fue idea de los dueños o del mismo Cáceres, pero un tiempo después él y sus hijos se mudan a otro de los campos de los Arriaga, en Corrientes.

La primera carta de Guillermina llega casi un mes más tarde. "Los caballos nadan y hay otros pájaros". Ya no va a la escuela y cuida a su hermano más chico, el Cece. En la casa hay hamacas, pero ella no las usa: lo hamaca al Cece solamente.

Aprendió a bailar el chamamé. "Cuando vengas te voy a enseñar", escribe Guille. Pero Belinda no va a ir a Corrientes. Termina el colegio y la señora Beatriz le enseña a coser. Lo primero que hace es un parche para el ojo de su padre.

A Belinda le encantan las revistas de modas, sobre todo las de novias. Todas las novias del pueblo quieren hacerse el vestido con ella. Belinda va a todos los casamientos, acompaña a las novias casi hasta el altar, acomodando la cola, los volados, la postura, el cabello y las flores.

Cuando alguien pregunta por qué Belinda, tan buena y tan trabajadora, no se casó, ella dice que los casamientos para ella son trabajo y que no le gusta llevar trabajo a casa.

Las cartas de Guillermina llegan tres o cuatro veces al año.

La vida puede medirse en esas cartas: son ciento veintiséis hasta ahora.

Belinda se las sabe casi de memoria.

La letra redonda de las primeras la conmueve. Las del medio eran cartas siempre interrumpidas y, luego de atender algún otro quehacer, retomadas.

Belinda imagina a los hijos de Guillermina. Tiene las fotos, pero eso no basta. Imagina sus voces, sus juegos, todo lo que falta en las fotos y que es tan importante. Mira las fotos una y otra vez, se pone los anteojos, las acerca a su cara, enciende la luz del cuarto y vuelve a mirarlas.

"Tus hijos son hermosos", escribe lentamente después de un rato.

Ya hace tiempo que murieron los padres de ambas. Belinda a veces se pregunta por qué es, entonces, que no están juntas como antes.

"A veces", escribe con letra de imprenta, "me acuerdo del pasado".

Dobla la carta, la mete en el sobre.

Guille responde que no puede mirar a sus hijos sin pensar en ellas mismas jugando. Que a veces cuando tiene miedo de morir, piensa que va a ser como recostarse en el barro del bajo.

"Lo que las une es la separación". Eso dijo la madre de Belinda cuando supo de las cartas.

El último sobre tiene una letra que Belinda no reconoce.

"Soy la hija de Guillermina Cáceres", se presenta.

"Mi madre murió de Chagas". Luego dice algo sobre la amistad y cosas que Belinda no puede leer porque todo se ha nublado. "Belinda Galván", firma.

De repente, no hay nada que no duela: el pecho, la garganta, el aire.

Belinda camina por la ruta con el dolor a cuestas. Va hacia la estancia a buscar hortensias.

Cuando llega al bañado, se recuesta en la tierra y llama una y otra vez a Guillermina. Pero el silencio calla y el viento sigue de largo.

Después de un rato, y con esfuerzo, se levanta.

Sin lavarse, camina por el campo. Parece una hoja llena de historias, el campo.

También parece que el monte se hubiera alejado.

Busca el lugar y lo encuentra, a pesar de que de la casa ya no queda nada. Los restos de El secreto ya son parte del monte, de la tierra y de los árboles.

Belinda se sienta entre dos acacias.

Anochece despacio.

El pájaro que apenas canta parece ser el mismo de antes.

Arroz

Hoy es jueves y los jueves almorzamos juntos.

Hablamos mucho, o lo que para nosotros es mucho. Ninguno de los dos somos personas que otros consideren conversadores.

A veces hasta almorzamos en silencio. Un silencio cómodo, liviano como el aire del que está hecho, y en el que se expresa mejor el sabor de lo que comemos.

Algunas otras veces cuando hablamos, las palabras van formando pequeños montículos que lentamente se transforman en montañas. Entre una y otra hacemos silencios largos: valles en los que pensamos como si anduviéramos.

Elegimos un restaurant que es una casa antigua en San Telmo. Tiene un patio en el centro, un cuadrado de cielo propio, nubes diferentes todo el tiempo.

La conversación con mi padre avanza a un paso tranquilo.

De repente, en medio de una frase, él dice "... limpiar arroz..." y junta las manos haciendo un aro con los dedos y las mueve como si golpeara algo contra el borde de la mesa.

Lo que ocurre de repente no es que él diga esas palabras sino que yo me doy cuenta de que no sé cómo se

limpia el arroz. Lo que ocurre de repente es que me doy cuenta de que sé muchas cosas de él así, sin saberlas, apenas intuyéndolas.

Sé que mi padre en sus manos debe estar sujetando un manojo de algo que yo no veo. Busco en mi memoria los campos de arroz que vi en Japón e imagino que el manojo debe ser de esa especie de juncos verdes.

Deduzco torpemente que el arroz debe estar adherido a las plantas y al sacudirlo, debe caer. Como frutos muy pequeños o semillas.

Viendo los gestos de mi padre puedo llegar al pasado, a Japón o a la historia de mi padre, que es la mía. Como los impresionistas, sin buscar los detalles sino la luz, como conozco los árboles de la vereda de mi casa, sin saber sus nombres, pero sin poder imaginar mi casa sin ellos.

Así converso con mi padre: segura y a tientas.

Él dice por ejemplo que este país tiene "200 años apenas", "un país niño", dice, y junto al niño yo veo a un Japón viejo, con manos en las que la piel cubre y descubre la forma de los huesos.

Si él se agarra la cabeza cuando dice que corrían por campos de té, yo sé que pasan aviones por el cielo que no veo y que bombardean.

Miramos el menú y elegimos platos que vamos a compartir. Mi padre nunca se acostumbró a comer un solo plato. Fue mi madre la que se acostumbró a preparar varios platos para cada comida.

Después hablamos de libros. Él está leyendo, *Mozart*, de Kolb, y lo lleva consigo a donde vaya. Mi padre siempre lleva un libro y un diccionario con él.

A mí, que nací y me crié en Argentina, me da pereza buscar palabras en el diccionario. A él no. El español de mi padre japonés es más vasto y más correcto que el mío.

Me cuenta que fue a hacerse unos estudios que le ordenó el médico y mientras esperaba leyó unas cuantas páginas.

"¿Qué estudios?", le pregunto. "Una biopsia", responde.

Tengo miedo. Siento lo que está al acecho, y una certidumbre parecida a la de que al día lo sucede la noche, una especie de vértigo. Todo lo que no pregunté en años vuelve a mí. Cada pregunta vuelve y trae otras. Quiero saber por qué mi padre eligió este país, este país niño. Quiero saber cómo fue el día en que supo que había comenzado la guerra, cómo fueron cada uno de los días que siguieron hasta el día en que llegó a esta tierra. Quiero saber cómo eran sus juguetes y su ropa, cómo era ir al colegio durante la guerra, cómo era el puerto de Buenos Aires en los sesenta, si le escribía cartas a mi abuela, qué decían. Quiero saber los colores, las palabras, el olor de la comida, las casas en las que vivió. Una vez me contó que cuando recién había llegado, no se metía en la bañadera sino que se lavaba fuera de ella y sólo se sumergía en el agua cuando estaba limpio porque ése es el modo en que se hace en Japón. Como ésas quiero que me cuente más cosas. Muchas. Todas. Quiero que me cuente cada día, para que no lo sople el tiempo. Tal vez para escribirlo: dejarlo agarrado con tinta a un papel para siempre. ¿Por dónde empezar? ¿Dónde empiezan las preguntas? ¿Cuál es la primera?

Busco por dentro, como si corriera perdida en este valle de silencio que se ha abierto de repente entre las palabras. Perderse en un lugar tan vasto se parece a un encierro.

Cuando dejo de buscar, veo la pregunta frente a mí como si me hubiese estado esperando. Miro a mi padre y digo mi pregunta.

Él sonríe, toma un papel de entre las hojas de su libro y saca un lápiz negro del bolsillo del saco que lleva puesto. Dibuja líneas muy juntas, algunas paralelas y otras que se entrecruzan. Luego otra, perpendicular y ondulada, que las corta cerca de un extremo. Son las plantas de arroz en el agua. Después hace unos círculos muy pequeños en las puntas: los granos. Me dice que se van llenando y vuelve a trazar las líneas pero en lugar de rectas, curvas en los extremos: las plantas cuando el arroz madura. "Cuanto más lleno está uno, cuanto más educado es, más humilde", dice. "Uno se inclina como la planta de arroz por el peso de los granos". Luego extiende las manos y los brazos y los mueve paralelos al piso. "Se colocaban grandes telas sobre el campo", dice. Yo las imagino blancas, ondulándose apenas, como se mueve el agua cuando es mansa.

Él vuelve a poner las manos como si agarrara un pequeño atado y lo sacude como hizo antes, contra el borde de la mesa. Ahora veo claramente, casi puedo tocar, los granos de arroz que se desprenden.

Los nombres

Hay muchas cosas que no tienen nombre. Ciertos momentos del día, como aquel rojizo entre la tarde plena de luz y la noche, ciertos gestos, ciertos ritmos, algunas partes del cuerpo, algunos colores como verdes que no son ni agua ni musgo.

Eso que no tiene nombre, existe.

Dejamos de nombrar a mi hermano el mismo día en que se fue de casa, cuando yo tenía ocho años. Y como si de un manotazo las hubiese arrastrado con él al olvido, algunas de sus cosas perdieron también el nombre. Una parte de la casa, una zona del río adonde él iba a nadar, sus amigos, lo que le gustaba, lo que solía hacer. Todo eso también dejó de ser dicho.

Y hasta la ley por la cual fueron borrados todos esos nombres se impuso sin ser dicha, como se imponen la niebla o el frío.

Mi madre podía olvidar cualquier cosa en cualquier momento, o permanecer callada días enteros.

Sé poco acerca de ella y ni siquiera sé si le fue difícil dejar de nombrar a mi hermano. Parecía siempre preocupada por algo que pasaba en algún otro lugar, muy lejos.

Sandra y yo tampoco hablábamos mucho. Pero nuestro silencio era ligeramente diferente al de mi madre.

Sé que los esquimales, de tanto ver la nieve, pueden distinguir y nombrar más de diez tipos de blanco. Yo aprendí a distinguir muchas formas diferentes de silencio, pero a diferencia de los esquimales, no las nombré.

Una vez, mientras Sandra y yo mirábamos televisión, o mejor dicho mientras ella miraba televisión, le pregunté qué había pasado aquel día. "¿Por qué se fue?", dije. "Porque papá le pegó", respondió sin mirarme, y después habló como si ya hubiese repetido muchas veces lo mismo: "Mamá y yo estábamos afuera. Papá llegó y dijo que estaba cansado y que se iba a tirar un rato. Cuando entramos, papá estaba sentado y él estaba en el piso, con un brazo doblado de un modo imposible".

Yo intentaba apurarme, preguntar lo más importante. Conocía a Sandra: sabía que no iba a responder mucho más. "¿Papá le había pegado antes?" "Cuando robó en lo de Mejías". Sandra miraba a una mujer que hacía un posafuentes con palitos de helado. "¿Ese mismo día se fue?". "Sí", dijo Sandra. "Mamá lloró toda la noche". "Y yo, ¿lloré?". "No, vos no", dijo Sandra mirándome antes de levantarse y apagar el televisor.

La distancia que había entre mi hermana y yo no era sólo de años (me llevaba siete), ni de algo que pudiera ser atravesado: era sólida. Y asimétrica, como esos vidrios que de un lado son espejo: yo podía verla, ella a mí no.

Sin embargo, compartíamos un secreto. En casa Sandra estaba siempre al borde o en medio de un enojo enorme, mordiéndose el labio, con los brazos cruzados, resoplando o tirándose en los sillones como si quisiera bombardearlos con su cuerpo.

Pero en el colegio, yo la había visto: Sandra se reía, hablaba más y se movía como si fuera más blanda y más liviana. A aquella Sandra, en casa, sólo yo la conocía.

O tal vez todos éramos diferentes fuera de casa.

Cuando terminó el colegio Sandra se casó, con un hombre viejo.

El día de la fiesta la Sandra que reía rompió el secreto y salió al mundo, y para subrayarse a sí misma, inventó un gesto: echar la cabeza hacia atrás, como si quisiera llenar el aire de risa.

El hombre viejo se llamaba Don Julio, tenía mucho dinero y hablaba menos que mis padres.

Las mesas estaban decoradas con cintas y flores blancas.

Habíamos pasado toda la mañana armando los arreglos: yo contaba tres nardos, cuatro rosas, un montoncito de helechos y un moño, y mi madre armaba cada vez un arreglo diferente.

Mi madre era especialmente buena para hacer ese tipo de cosas, para lograr que los objetos le respondieran de algún modo.

Durante la fiesta en todas las mesas las conversaciones, gritos y risas bullían, pero había una en la que tres personas permanecían en silencio: eran mi padre, que comía mirando el plato, Don Julio, que masticaba lentamente mirando a Sandra, y mi madre que sólo se movía para servirles vino a ellos.

Era el contraste con las demás mesas lo que denunciaba la quietud de aquella. Los demás. Siempre los demás exhibiendo la diferencia, para finalmente hacerla caer sobre nosotros como un acento.

Los demás y sus miradas como dedos que apuntan, y sus murmullos como moscas difíciles de espantar.

Los demás decían que mi hermano me había hecho algo y por eso mi padre le había pegado. Los demás siempre sabían algo, pero nada que se pudiera preguntar.

En poco tiempo Sandra cambió de nuevo: era rubia y venía a visitarnos en un auto negro.

Una vez se quedó varios días con nosotros. Lloraba sentada en la cama y sin cubrirse la cara, como si las lágrimas se le cayeran de los ojos sin que se diera cuenta. Dormía de día y de noche.

Yo le ponía flores en la bandeja en la que mamá le servía la comida, pero ella no se daba cuenta: casi no comía.

La perra había tenido cachorros y yo elegí uno con guantes y botas blancas, y el último día, lo puse en el auto negro, en una caja con una remera que ya no me iba.

Creo que la perra la había traído mi hermano. ¿O era el otro perro el que había traído? Lo que quedaba de mi hermano en mi memoria eran piezas sueltas y borrosas. Hacerlas encajar en una historia habría sido como intentar hacer con jirones, un vestido nuevo. Pero así como las sombras tienen la forma de aquello a lo que están encadenadas, el olvido no tiene otra forma más que la de aquello que cubre. Mi olvido tenía la forma exacta de mi hermano.

Después de que él se fuera, papá había golpeado puertas, mesas, el televisor, las sillas, las paredes, como si le hubiesen quedado golpes y necesitara sacárselos de adentro. Con el tiempo se le fueron acabando, y al principio eso me dio pena, como todo lo que se acaba.

A mamá no: dejó de arrastrar la mirada y empezó a hacerla trepar por las cosas de nuevo, como una enredadera.

Y como si hubiese llegado la primavera o el verano, y los días se hubiesen hecho más cortos, todo fue más fácil en los años que siguieron.

Me mudé a Buenos Aires para estudiar Geografía, una vez por semana visitaba a Sandra, y trabajaba atendiendo reclamos en un centro de venta telefónica.

Los compradores solían enfurecerse y había algo en su furia que me atrapaba como si me sedujera. No eran los insultos o las amenazas sino la fuerza de su enojo porque un masajeador no cumplía las funciones prometidas, o una freidora les había durado poco tiempo. Me gustaba mi trabajo.

El recuerdo de mi hermano, o debería decir su olvido, había ido quedando atrás, como si los nuevos hechos lo hubiesen ido cubriendo, como se cubre a paladas el cajón de un muerto.

Una noche en que mirábamos una película le pregunté a Sandra qué había hecho con el cachorro que yo había puesto en el auto aquella vez.

"¿Qué iba a hacer?", dijo sin mirarme. "Lo tiré".

No pregunté qué había querido decir. La imaginé, con sus anteojos oscuros abriendo la ventanilla del auto y tirando el cachorro sin mirar.

En esa época Sandra hablaba de matar a Don Julio de a poco: le salaba la comida, lo cansaba, lo confundía. Pero era ella quien se veía cansada. Don Julio, en cambio, había rejuvenecido.

Yo vivía con dos gatos, Simón y Odessa, y ya daba clases en el Colegio Superior. Siempre había un alumno

al que no quería. Dicho así parece que a los demás los quería...

No importaba cuántos ni cómo fueran, siempre había uno que parecía elegido, y si yo intentaba fingir indiferencia era peor.

Al momento de decirles las notas quedaban como suspendidos. Algo echaba raíces rojas en sus ojos, frágiles y húmedos como burbujas. ¿Quién no disfruta de mirar burbujas? Eran apenas unas gotas de tiempo pero había algo de alimento en la intensidad de esos segundos.

De día daba clases y de noche armaba rompecabezas, con Odessa y Simón.

Una noche de diciembre sonó el teléfono: "Se cayó en la bañadera", dijo mi madre. Imaginé a mi padre, desnudo, desarticulado, la ducha abierta, el agua corriendo por el cuerpo vacío. La indiferencia de los objetos.

Esa misma noche logré terminar una reproducción de *Las meninas* de 1800 piezas. Primero clasificaba las piezas, luego las iba conociendo y acomodando, sólo para sentir el alivio de colocar la última. De todas, sólo ésa era importante, pero ¿cómo reconocerla de antemano?

Miré *Las meninas* y descubrí que detrás de ellas había un hombre al que nunca había visto, yéndose por una puerta.

Me di cuenta de que me había quedado sola, o mejor dicho, de que hasta ese momento no lo había estado. Como si no hubiera sabido distinguir entre la soledad y su contrario, sea lo que sea.

Mi padre era la única persona con la que hubiera podido hablar. Hablaba poco y hacía preguntas que se podían responder con monosílabos, pero si yo hubiera

tirado de alguna de sus frases cortas habría podido, tal vez, desovillar una conversación.

Con mi madre, no. Había más palabras pero menos puntas. Ella se había retirado al mundo de los objetos: siempre tenía algo que ordenar, reparar, coser, limpiar, comprar.

Todas las mujeres que tienen una casa se preocupan por esas cosas, ahora lo sé, pero mi madre se abstuvo de cualquier otro modo de existencia, y las personas y todos sus códigos y formas desaparecieron para ella. Así, podía pasarse cinco horas en el supermercado, porque antes de comprar un producto, leía las etiquetas de todas las marcas, hacía cuentas y hablaba con ella misma en cada góndola.

En el entierro de mi padre lloraba y yo no podía evitar preguntarme por qué. Como si una parte de mí creyera que ella no lo había querido, o que no podía querer a nadie, como si se pudiera cuidar a alguien sin quererlo.

Yo reconocí a poca gente. Me dejaba abrazar sin hacer nada, los demás lo hacían todo: rodearme con sus brazos pesados, pasarme la mano por la espalda, acercar a mí sus caras húmedas, brillantes, ásperas.

Uno de los desconocidos, me tomó de los brazos, dijo mi nombre y que había visto a mi hermano en el sur, en Puerto Deseado, que trabajaba con su hijo en un barco pesquero.

Cuando se lo conté a Sandra dijo que ya lo sabía.

Sandra era así.

No puedo reemplazar la palabra "así" por ninguna otra.

Al día siguiente volví a Buenos Aires.

Era enero y mi departamento parecía un sobreviviente en una ciudad muerta. Odessa había enfermado y la vecina no la había llevado a la veterinaria. Tomaba agua todo el tiempo y no comía. "Insuficiencia renal", dijo el veterinario. Hice todo lo posible para que sus últimos días fueran buenos.

Una mañana cuando desperté y la vi, acurrucada como siempre a los pies de la cama, supe que no debía tocarla: iba a estar fría. Fría como mi padre cuando le di el último beso. El último y el primero. Había algo en el modo de dormir de Odessa que era definitivo y no escondía sueños.

En los días que siguieron ocurrió lo que ocurre en estos casos: el nombre de Odessa quedó flotando por toda la casa, acomodándose en su rincón del sillón verde, buscando el cuadradito móvil de sol a la mañana.

A veces yo decía su nombre, entero o a medias, cuando llegaba a casa, o cuando escuchaba un ruido como el que hacían sus uñas contra la alfombra del living.

Pero entonces ocurrió algo extraño: Simón comenzó a responder al nombre de Odessa, como si el único modo de no extrañarla fuera reemplazarla, convertirse en ella.

Tardé dos días en tomar la decisión y finalmente llevé a Simón al Jardín Botánico.

Era raro encontrar un lugar así en medio de la ciudad, escondido y abandonado y al mismo tiempo tan vivo. Diferentes especies crecían enredándose unas con otras y había tal cantidad de verdes que no parecían faltar los demás colores. El aire era dulce y en él flotaban mariposas. Hacía años que yo no veía una mariposa. Me conmovieron, como si se me hubieran metido dentro.

Simón no quería salir de su jaula de plástico. Pegado al fondo, como amontonándose, levantando las manos para defenderse, me dio tristeza. Y esa tristeza confirmó la decisión de devolverlo a donde pertenecía aún a riesgo de que no sobreviviera.

No sé cómo se relacionan la muerte de mi padre, la de Odessa y la idea de buscar a mi hermano, pero dos días después, tomé un avión a Comodoro Rivadavia, la ciudad más cercana a Puerto Deseado. El único modo de llegar era atravesando desde allí parte del desierto patagónico.

Parecía apropiado que lo deseado estuviera detrás de la tierra más dura, más hostil, más seca. Pero al llegar, descubrí que el pueblo, lo deseado, no era otra cosa más que otra forma de hostilidad y de dureza.

Me hospedé en un hotel desde el que podía ver el muelle en el que recalaban los barcos pesqueros. Como si yo supiera cuál era el barco y cómo era mi hermano.

Pasaba los días caminando y armando rompecabezas. Era imposible conseguirlos en Deseado, entonces le pedí a Sandra que me enviara varios por correo. No sé si por una cuestión de espacio o de peso, me envió sólo las bolsas con las piezas sueltas. Entonces descubrí cuánto más interesante era descifrar la imagen antes que copiarla de la tapa de las cajas.

Creo que algunos ajedrecistas piensan mejor las jugadas sin mirar el tablero. Así también yo caminaba por los acantilados pensando en las piezas, sus colores, formas y claves ocultas. El aire olía a mar y eso parecía algo bueno.

Me costó encontrar a mi hermano en las listas de tripulantes, sin decir su nombre y sin saber que él había decidido usar el apellido de mi madre.

Cuando lo encontré, me dijeron que esos barcos no operaban en el verano.

Decidí esperar, y como si planeara quedarme, busqué trabajo.

Después de descartar algunas otras, me quedaron dos alternativas para mantenerme ocupada y ganar algo de dinero: una guardería de niños en una empresa petrolera y un bar cerca del puerto.

El encargado del bar se limitó a decirme el horario, el sueldo y a aclararme que si quería hacer "una changa" con alguno de los marineros, tenía que pagar una comisión "al establecimiento". Así llamó el hombre al bar mientras se metía la remera adentro del pantalón.

No me presenté a la entrevista en la petrolera.

Entre las mujeres que trabajaban en el bar había mozas y también prostitutas, y entre ellas me sentí más cómoda que en la sala de profesores del colegio. Todas tenían dos nombres: uno real, y otro que habían elegido, que era siempre más hermoso que el primero.

Algunas noches pensaba en Simón. ¿Habría aprendido a cazar pájaros, a trepar árboles, a ser quien realmente era?

Le escribí una carta a Sandra pero nunca la envié. Es difícil hacer silencio por escrito. Mi carta era incoherente. Al menos podía darme cuenta de eso. Había en ella sólo un párrafo que me gustó y por el cual guardé la carta. Era uno que hablaba del desierto.

El verano pasó pronto, y volvió el otoño, que se llevaba especialmente bien con el paisaje patagónico.

Yo me encontré a mí misma trabajando en un bar en el fin del mundo esperando a alguien a quien no conocía

sin saber para qué. Pero después de todo la espera no es más que un lugar como cualquier otro: uno puede acomodarse en ella y hacerla su lugar en el mundo.

Una noche de septiembre de entre un grupo de hombres uno se acercó como si me conociera. Tenía la cara dibujada con líneas rectas, la piel curtida, y una cicatriz en el brazo izquierdo. Quise decir "Mario" pero mis labios parecían sellados, como si no pudiera pasar de la primera letra de su nombre.

De repente supe que toda mi vida mis labios quietos no habían hecho más que repetir la primera letra de ese nombre dormido. Dormido en mi boca quieta.

"Soy Nati", dije apenas. No necesitó acercarse demasiado para que yo sintiera su olor, y pegado a su olor, mi miedo, y como si me hubiese montado en el miedo y sobre él hubiera regresado a aquel día, tuve ocho años de nuevo.

Ese hombre se acercaba a mí y ya no estaba mi padre para sacarlo con una sola mano de encima de mi cuerpo.

Creo que lo empujé y corrí. Corrí al puerto y luego hacia la ruta. Los recuerdos y el paisaje pasaban como un viento que arrasa y limpia todo lo que toca.

Quedé lisa, hoja en blanco, sola.

Algunas respuestas llegan sólo para obligarnos a una pregunta, y cuando hacen "click" una contra otra hay en ese ínfimo sonido una clave para toda la paz del mundo.

Desde ese día de viento, pude llevar mi nombre de otro modo.

Tres sillas

Hay tres sillas en la galería formando una especie de triángulo en el que seguramente tuvo lugar una conversación, de ésas interminables del atardecer en verano. Puede haber habido también un mate, porque a él le encantaba sacar las sillas a la galería cuando los días se hacían más largos, y tomar mate.

Esa ceremonia habilitaba cierto estado de ánimo que era raro en él, siempre apurado, siempre tan práctico. Con el mate se ponía filosófico, casi poético.

Ahuecaba la mano sobre el viejo mate de madera, eso sí, con bombilla de plata, y sin mirarnos hablaba como para sí mismo o como para que sus palabras flotaran en el aire y no se las llevara el viento.

A mí me gustaba poner la silla al revés, sentarme con una pierna a cada lado y los brazos cruzados sobre el respaldo y escucharlo.

En esas charlas necesito tener algo entre las manos: el respaldo de la silla, un almohadón, un gato, un vaso.

El no necesitaba apoyarse en nada, su cuerpo tenía una solidez como de montaña. Se imponía como ahora su ausencia en esas sillas que conversan solas en la galería.

Esa ausencia repite como un eco nuestra última conversación. Me había hablado de los serbios y los bosnios y me dijo que el mundo había estado en paz cincuenta y seis días en toda su historia. Me pareció un número extraño. Todas las guerras me resultan lejanas. Él dijo que en tanto hubiese alguien en guerra mi paz no iba a estar completa.

Siempre decía frases que parecían ponerme en evidencia, no tanto frente a él como frente a mí misma.

Me acerco a las sillas, como si me acercara a un grupo de gente que conversa. Con ese sutil temor de interrumpir en el momento justo, como si se tratara de la entrada de un instrumento a la melodía que ya está tocando la banda. Entrar sin que se note es cuestión de ritmo. Pero entrar en el silencio es imposible.

Y así me quedo un rato, sola entre las sillas. No me atrevo a sentarme. Sería como sentarme encima de alguien.

Sin pensar y como tantas otras veces, haciendo lo que se supone que debo hacer, acomodo las sillas. Las tres como las ponía María, mirando hacia el afuera, equidistantes. Como la fila de un teatro imaginario que mira el espectáculo del viento en los aromos.

De repente veo que en este orden no hay nada humano, ni siquiera fantasmas. Ahora estoy más sola.

Rápidamente vuelvo a poner las sillas como estaban, imitando ese pequeño círculo cálido. Pero la magia no ocurre. Es sólo un nuevo orden tan vacío como el anterior.

¿Qué es lo que falta?

Levanto una de las sillas unos centímetros del piso y vuelvo a ponerla en el mismo sitio como clavándola.

¿Qué es lo que hago mal? ¿Por qué desapareció mi padre y no me habla sentado en estas sillas, como hasta hace un rato?

Fragmentos de una conversación

recibió de espaldas a la puerta, anotando algo en una
eta.
–¿Cuál es el drama de tu vida? –fue lo primero que
dijo.
–Ninguno.
Entonces se volvió hacia mí y me miró.
–Todas las mucamas tienen un drama que contar.
–Yo no –insistí.
–Tal vez no seas una mucama entonces....
–Es un trabajo –dije–. Necesito el dinero.
–¿Y esa respuesta no te parece dramática?.
Creo que levanté los hombros.
–¿Dónde naciste?
–En el campo.
–¿Estudiaste?
–Sí.
–¿Te casaste, tuviste hijos?
–No.
Se quedó mirándome.
–A mí me parece que hay algo dramático en tu his-
a.
–Depende de los parámetros.

–¿Ves? –dijo y me señaló–. ¡Usás la palabra parámetro!

Yo no sabía de dónde había salido esa palabra. Ni ésa ni ninguna.

–Sí –dije–. ¿Usted no?

–¿Y qué otra palabra difícil sabés?

–¿Difícil?

–Sos inteligente. No debés limpiar bien.

–No soy inteligente.

–A mí me parece que sí.

–Bueno –dije– depende de quién mida.

–Parámetros otra vez... –dijo ella.

–Usted también usa la palabra.

***

–Teresa.

–Sí, señora.

–¿Escuchaste lo que dijo Raquel hoy en la partida de bridge?

–Trato de no escuchar.

–Hacés bien –dijo, y no sé si hablaba de cortesía o de lo tontas y maleducadas que podían ser sus amigas.

–Raquel habló del robo hormiga de las mucamas.

No dije nada.

Me preguntó qué pensaba yo del robo hormiga.

Le dije que no sabía que las hormigas robaran, que para mí eran trabajadoras.

Se rió y dijo que se lo iba a decir a sus amigas.

Después me llamó de nuevo y me dijo que si yo era una hormiga, ella era una cigarra y siguió riéndose.

***

A veces me llamaba y no me daba ninguna tarea. Me llamaba y hablaba de tonterías. Parecía tener algo que decir. O mejor dicho parecía esperar que yo dijera algo.

Un día me llamó y dijo: –Teresa, si yo te despidiera, pagándote la indemnización y todo lo que corresponde, obviamente. Y vos te fueras a trabajar a lo de Marita, por ejemplo, que está sola, y ella te diera además de los fines de semana, los miércoles. ¿Vos vendrías a visitarme?

Yo no sabía cuál era la respuesta, la respuesta correcta.

Ella me dijo que me retirara. Que algunas respuestas no importan más que por el tiempo que demoran en llegar.

***

–¿Qué necesitamos, Teresa?, –decía antes de ir al supermercado, y yo le hacía la lista.

Cuando se la olvidaba traía cualquier cosa.

Lo que yo nunca anotaba era yerba, y era lo único que nunca se olvidaba de traer, aunque ella no tomaba mate.

***

–Están en pedo –dijo, cuando le pregunté qué les había pasado a las flores.

Había empezado a tomar y también a decir malas palabras. A mí las malas palabras nunca me gustaron. Cambié el agua del florero.

–Teresa, vení, decime la verdad, ¿no están más lindas las rosas así?

–No sé –dije, y me hizo sentar junto a ella en el sofá.

–Sabés, Teresa, alguien dijo que hay que mirar una rosa hasta pulverizarse los ojos.

Después miramos las rosas.

Era verdad, estaban como contentas, pero no se lo dije. Lo negué hasta el final.

Al día siguiente habían muerto.

En el sofá ella me dijo que el señor Juan Carlos la iba a dejar. Las dos sabíamos que lo que hablábamos en el sofá era como si no hubiera sido dicho.

El sofá era el lugar de lo que no se podía decir.

Yo golpeaba los almohadones todos los días para que se hincharan, como si nadie se hubiera sentado nunca ahí.

***

–No sé para qué creíste que te pedí que vinieras –dijo en el taxi de regreso.

–Para acompañarla.

–¿En qué sentido?.

No dije nada, pero la miré.

Insistió: –De todos modos, una vez que te habías dado cuenta, no sé por qué no hiciste lo que te decía.

–Porque no me pareció bien.

–¿Y desde cuando juzgás vos si está bien o mal lo que hago? –dijo girando el cuerpo hacia donde estaba sentada yo.

–No hablo de usted, hablo de mí.

–Decirme tres letras de mierda de un cartel no puede estar mal.

–Estábamos en el oculista, señora...

–El oculista se había ido, Teresa... tenías que decirme las letras antes de que volviera.

No le respondí.

***

–Teresa, te enseñé a servir, a cocinar, a administrar, ¿por qué no podés aprender esto también?

–Porque no puedo, señora.

–Si aprendí yo, Teresa... Sólo tenés que soltar el embrague a medida que apretás el acelerador...

–Sí, pero también hay que estar mirando la palanca, y la calle, y los espejos...

–Pero, Teresa, después te acostumbrás. Mirás todo sin prestar atención.

–¿Y si choco, señora? Cada una tiene que hacer lo suyo. Usted no sabe manejar el lavarropas, yo no sé manejar el auto...

–Mirá, Teresa, si yo tuviera que aprender a manejar el lavarropas lo haría. Si vos no vieras los botones del lavarropas, o fuera peligroso, yo lo haría.

Dimos dos vueltas por el estacionamiento y volvimos.

Ella nunca hubiera aprendido a manejar el lavarropas.

***

–Teresa, me faltan los aros de aguamarina.

–¿Son los celestes?

–No te hagás la idiota.

Yo no estaba segura si los de aguamarina eran los celestes.

Me dijo que después del casamiento de Marianita ella los había puesto en el alhajero y no los había vuelto a tocar. Me dijo que yo era una negra bruta aunque a veces pareciera que era diferente a las otras. Me dijo que no me echaba porque le daba pena pero que cualquier día la pena se le acababa.

Tenía los aros celestes puestos.

***

Estaba en mi cuarto cuando volví del supermercado. Dijo que era horrible y que el cuarto de Marianita había estado desocupado más de diez años.

–¿No te gustaría?

–El cuarto de la señora Mariana es el cuarto de la señora Mariana –respondí.

–Mariana tiene un cuarto en su casa, con Diego, y no va a usar nunca más éste.

Quería que yo cambiara de cuarto. Iba a tener que dormir al lado del cuarto de ella. Ella iba a verme cada vez que fuera al baño.

–Tengo que pensarlo –dije, y me acordé de las respuestas que sólo importan por el tiempo que tardan en llegar.

No volvimos a hablar del tema. Igual que de los aros.

***

Era 14 de agosto. Fue sólo por eso. Los 14 de agosto pueden pasar esas cosas.

Me senté en el sofá. –¡Teresa! –dijo cuando me vio.

No dije nada, y ella se sentó y se quedó callada, como si hubiera entendido algo.

–Le mentí dije.

No dijo nada.

–La primera vez que vine. Usted me preguntó cuál era el drama de mi vida.

–¿Yo? –dijo, con la mano sobre el pecho, como hacía a veces.

–Sí, usted.

Yo le dije que no había nada dramático en mi vida. Era mentira –dije.

Y entonces le conté.

Al día siguiente el 14 de agosto había pasado y el silencio flotaba sobre el sillón como siempre.

No sabía si estaba bien o mal lo que había hecho. Me sentía mejor, eso sí. Pero a veces uno se siente mejor después de hacer algo malo.

Tampoco volvimos a hablar de eso.

***

A veces parecía saber cosas sin darse cuenta.

–Estamos solas –me dijo un día después de que Alfonso me pidió que me mudara con él.

–Estamos solas, Teresa. Sólo nos tenemos la una a la otra.

Alfonso era encargado de un edificio. Hacía dos años que nos veíamos los fines de semana. Me trataba como si yo fuera una reina.

–Juan Carlos se fue. Mariana se fue. Mis amigas no existen. Las tuyas menos.

Ella seguía hablando. Había tomado.

Alfonso parecía decirle "no" desde dentro de mi cabeza.

Yo quería decirle que se callara, que no la lastimara, que se le iba a pasar, que era buena.

Pero a Alfonso parecía no importarle nada. Seguía sonriendo dentro de mi cabeza.

***

El 14 de agosto ella me trajo un regalo. Era una cajita de música.

–Fue de mi mamá –dijo, y me la dio. Yo la había visto en el placard.

Era lunes y el sábado y el domingo habíamos ido con Alfonso al río. Había muchos pájaros.

Yo casi me había olvidado de qué día era. Nunca me había pasado.

***

–Señora, me voy, me voy a vivir con Alfonso. Voy a estar a seis cuadras. Puedo venir a verla.

–Señora, yo la aprecio a usted pero Alfonso quiere que me vaya a vivir con él.

Estas cosas nunca se las dije.

Cuando iba a hacerlo siempre otra cosa salía de mi boca.

A veces cuando Alfonso me llamaba por teléfono, yo me quedaba pensando. Casi podía verla a ella diciendo "¿Cómo me hacés algo así?" o haciendo cosas terribles, y diciendo después, con la mano en el pecho "Vos me obligaste, Teresa" como le había dicho al señor Juan Carlos cuando dijo todas esas cosas de él.

Entonces un viernes a la tarde me senté en el sofá al lado de ella y la miré.

Pareció darse cuenta de algo. No me dijo que me levantara.

Me acordé de cómo era la primera vez que la había visto. Tenía el pelo oscuro, la piel sin pecas, los ojos como encendidos. Se le habían apagado. Pensé en la yerba que traía para mí.

Después me levanté y no sé si ella me miró o siguió mirando televisión.

El lunes no volví.

Las botas

Cuesta arriba va más despacio.

Se despega del asiento y pedalea parada para ir más rápido. Tira todo el peso del cuerpo a un lado y al otro. Va a llegar tarde.

Deja atrás la planta incendiada de Pesca Sur.

La mirada adherida a cada uno de los sesenta metros negros del frente.

Es como algo que no está. Lo que falta siempre dispara preguntas, piensa. Pero quedan tiradas en el camino junto a la huella de la bicicleta.

Hace unos días, en medio de una protesta de los fileteros, unos encapuchados quemaron siete plantas de proceso.

Por suerte antes de llegar el camino baja. Siente el viento áspero en la cara.

Saluda al guardia en la puerta. Corre quitándose la campera y entra al vestuario arrastrándola. Deja caer el bolso en un banco. Se saca y tira la ropa al piso, y en pocos segundos está lista. De punta en blanco: pantalones, chaqueta, gorro, barbijo, guantes de látex. Como una cirujana. Busca botas. Queda un solo par. Son 35 y ella calza 38. Mete el pie en punta y después el otro. Tiene medias gruesas.

Corre a la planta, pasa la tarjeta y el visor denuncia catorce minutos de retraso. Agarra un cajón y un cuchillo y va a la mesa de fileteado en la que está Lidia.

El pescado está recién descargado. Uno aletea. Ella inspira profundo y huele. Le encanta el olor a mar cuando el pescado llega. Le molesta cuando escucha a alguien hablar del olor del pescado como si fuera ese olor que hay en las pescaderías de Buenos Aires. Ese olor a amoníaco que agrede las narinas y el espíritu. "Ése no es olor a pescado", dice a veces, tímida. El pescado tiene olor a mar. Se pregunta si entonces nosotros tendremos olor a tierra.

"¿Qué te pasó?" le dice Lidia. "Tengo a la más chica con gripe". "¿La dejaste en lo de tu vieja?". "No, quedó la mayor cuidándola. La de nueve, que estaba con paro de maestros". Hablan de costado, sin mirarse y sin dejar de filetear. "¿Dijo algo Romero?", pregunta ella. "¿Por qué? ¿Porque llegaste tarde? Qué va a decir... Además vino más gente. Los barcos que estaban haciendo langostino salieron a la merluza".

Ella es la filetera más rápida, y como en los *westerns*, ser el más rápido infunde respeto. Agarra un pescado, lo atraviesa con el cuchillo a un lado, al otro, quita el espinazo, la piel, limpia los residuos, emprolija los bordes y piensa en la tos de su hija. Tiene los dedos de los pies doblados como en una reverencia. Pasa el dorso de la mano libre por el bolsillo y se cerciora de tener el celular. Barre con la mirada las otras mesas. Es verdad, hay más gente que en las últimas semanas. Ve a Susana. Los ojos sobre los barbijos de una y otra se saludan. También está Natalia, la chica que entró hace un par de meses. Antes trabajaba en el cabaret adonde van los marineros. Algo

pasó, y no quiso volver. Es lenta para filetear pero rápida para aprender. Ella termina el cajón, le cuelga su número y lo lleva a la mesa de acomodado. El dolor en los pies se hace más intenso. Camina sobre los talones.

Ve que la Abuela Tata está al lado de los túneles de congelado. Tata es la filetera más vieja. Debe tener unos setenta años. Correntina como los padres de ella. Y como muchos de los tripulantes de los buques factoría.

Su mamá decía que eso era la naturaleza, que así como algunos animales migran buscando mejor clima, ellos habían venido a la Patagonia persiguiendo el trabajo. También le decía que quería otra cosa para ella, cuando ella decía que quería ser filetera. Ahora entiende qué había querido decir, pero en su casa nunca falta comida en la mesa y las chicas van a la escuela. No aguanta más, tiene ganas de sacarse las botas y tirarlas. En el siguiente cajón de pescado entero que agarra hay piezas con moretones. Va a tener mucho descarte.

La semana pasada el cajón que había hecho la Abuela Tata cuando se cortó quedó lleno de sangre y lo tuvieron que tirar. ¿Será por eso que la pasaron a los túneles de congelación? Codea a Lidia y pregunta. Lidia dice que cuando llegó la Abuela no se sentía bien y Romero le dijo que acomodara y metiera las bandejas en los túneles en lugar de filetear. "Ahí está más frío, y eso le hace peor, ¿o no?", dice ella, pero Lidia ya se fue a llevar un cajón.

Ella tiene los pies dormidos por las botas.

Es cierto, la Abuela Tata tiene mala cara.

Los cuchillos nuevos son buenísimos, corren por la carne como si estuvieran en el aire. La nena más grande no llamó, debe estar todo bien, piensa. Termina otro ca-

jón y lo acerca a la mesa de acomodado. A un metro de ella la Abuela Tata se desploma y derriba una pila de bandejas de acero inoxidable que hacen un ruido de explosión. Algunos corren a socorrer a la Abuela. Ella levanta las bandejas y vuelve a apilarlas.

El Encargado pide que alguien la acompañe en el baño mientras llega el médico. Ella se ofrece porque no aguanta más las botas. No va a poder estar parada las tres horas que faltan.

Entre varias arrastran a Tata hasta el baño. La sientan contra la pared y la cabeza queda un poco caída hacia un lado. Está muy pálida.

Ella se sienta junto a la Abuela Tata con las piernas estiradas, y entonces ve los cuatro pies perpendiculares al piso.

Las botas de la Abuela son dos centímetros mas largas. Sus pies laten.

Ella se pone en cuclillas y la mira. Tiene los ojos cerrados, la boca entreabierta y algo le asegura que la Abuela no se va a despertar por un buen rato.

Ella se sienta en el piso y tira de una de sus botas imposibles y luego de la otra. Sus pies salen casi solos y una vez afuera se expanden como si se desperezaran.

Las medias de franjas violeta y fucsia resaltan en el blanco quirúrgico del baño de la planta. Un gesto humano que escapó a algún cálculo.

Agarra el talón y la punta de la bota izquierda de la Abuela y tira. La bota se desliza hacia ella, y se la pone antes de sacar la otra.

Mete el pie en punta, lo acomoda, y mueve los dedos dentro para disfrutar del espacio. Tata está como la torre de Pisa, un poco escorada. Debe ser la falta de una de las

botas. O que le sobra la otra. Ella le da un empujoncito en el hombro contrario, y la Abuela cae y se desarma.

Decide terminar con lo de las botas antes de acomodarla. Agarra el talón y el empeine de la bota derecha y tira. Ésta es rebelde, no como la otra. Tira más fuerte. La Abuela Tata se mueve hacia ella. No colabora. Se pone de espaldas a la Abuela, arrodillada, la traba con el pie y tira de nuevo. Esta vez la bota sale. Se pone de pie, desliza el pie descalzo adentro, y hace bailar los dedos.

La Abuela perdió la cofia y tiene el pelo blanco revuelto y sobre la cara. El cuerpo está en el piso y la cabeza casi en ángulo recto contra la pared.

Ella desliza sus manos debajo de las axilas de la abuela Tata y vuelve a sentarla. Sin querer roza su cara y siente frío en los dedos. La Abuela está helada.

Debería ponerle las botas chicas.

Mira los pies de la Abuela Tata, una uña asoma por una media agujereada.

Hace el intento de ponerle las botas, pero en el tobillo inmóvil la cosa se traba.

Escucha a Romero que se acerca con alguien. Un médico y un camillero. Le toman el pulso a la Abuela, le miran los ojos, hacen maniobras y finalmente se la llevan en camilla. Nadie repara en el susurro de ella, "Le saqué las botas para que estuviera mas cómoda".

Vuelve a la mesa y sigue fileteando.

Al día siguiente le dicen que la Abuela Tata murió.

Piensa en la muerte: no le gustaría que la agarre trabajando. Tampoco en un hospital. Ni en casa. Que sea en la planta, corrige mentalmente. Si ella es eso. El resto viene después, muy lejos.

Piensa en las botas. "¿Murió o ya estaba muerta?", pregunta. "¿Qué importa el momento exacto en que ocurrió?" dice Lidia, pasándose un pañuelo por la nariz colorada y los ojos hinchados.

Ese día algunas hablan todo el tiempo, como queriéndose sacar algo de adentro. Ella y Lidia trabajan todo el turno en silencio.

Cuando sale no se sube a la bicicleta, va caminando y llevándola del manubrio.

Corre a Lidia y le dice "Quiero contarte algo". Lidia la mira. "Yo le cambie las botas a la Abuela en el baño. Las mías eran chicas y me estaban matando". Lidia la mira y se ríe a carcajadas, "No creerás que por eso se murió, ¿no?". Ella se contagia la risa.

Caminan juntas cuesta arriba hasta la casa de Lidia. "Yo también quiero contarte algo, entrá a tomar unos mates".

Lidia pone el agua, hunde la bombilla y deja el mate en la mesa. "Ya vengo", dice.

Vuelve con algo negro en la mano. Lo arroja sobre la mesa. "Yo estaba ahí el día de los incendios", dice.

Ella levanta lo que trajo Lidia. Un pasamontañas.

La cara de ella, como el desierto, nunca cambia demasiado. Pero por dentro hay un desfile de imágenes como cadáveres: un montacargas volcado, hierros retorcidos, pescado pisoteado, capuchas negras y palos.

Le dice a Lidia que deja los mates para otro día, y se sube a la bicicleta. Quiere irse a casa. Se para sobre los pedales para ir más rápido. Tira el peso del cuerpo y de la tristeza a un lado y al otro.

El camino a casa es en bajada.

El pozo

El soldado Sato recibe una orden del Capitán Takeda que ha recibido una orden directamente del General Imagawa.

El soldado Sato debe cavar un pozo en el lugar que le indica el Capitán Takeda de acuerdo a la orden superior del General Imagawa.

El hecho de que la orden haya bajado desde tan alto directamente al Capitán Takeda sin pasar por cada uno de los escalones de la jerarquía, la blinda, la hace impenetrable a cuestionamientos, dudas o cualquier movimiento de ideas.

La orden es un bloque perfecto que pasa de mano en mano.

Es un honor que haya pasado de las manos del General Imagawa directamente a las manos del Capitán Takeda, y el soldado Sato recibe el bloque y el honor de sostenerlo.

Es conducido al lugar indicado y se le entregan un equipo básico de supervivencia, armas, herramientas, víveres y una pala nueva de metal con mango de madera.

Es raro ver un elemento impecable en la guerra. En los dos años que el soldado Sato lleva en el ejército, no ha recibido nunca un elemento sin uso.

El Capitán Takeda se para en un lugar como si hubiese una equis roja marcándolo.

Apunta con sus ojos filosos al soldado Sato y señala la equis roja que el soldado comienza a ver.

El capitán dice "Cave aquí hasta nueva orden".

Para alguien de otra cultura, la fuerza y el tono grave del capitán podrían sonar cargados de enojo o furia.

"Sí", dice el soldado Sato desde su estómago, mirando al frente.

Las órdenes se reciben sin mirar a quien las da, dejándolas entrar y mezclarse con lo que uno es.

El soldado continúa en esa posición mientras el Capitán Takeda y el grupo que lo acompaña se retiran del lugar. Siente que se alejan, sin mirarlos, sin mirar nada más que la postura de su cuerpo.

Una vez solo, mira el lugar señalado, toma la pala, la eleva y la deja caer con fuerza. Apoya el pie en el canto para hundirla, levanta la tierra y la echa a un costado. Le llama la atención el color de la tierra. Es más roja que la tierra japonesa.

Vuelve a levantar la pala y a dejarla caer hundiéndola. Luego repite el movimiento.

Lo repite hasta sentir los músculos de los brazos y de la espalda.

Sigue repitiéndolo.

Se detiene. La montaña de tierra parece más grande que el pozo.

¿Cuánto tiempo ha pasado? El tiempo del cansancio.

Mira a su alrededor. Busca el agua. Bebe con lentitud. Se pasa el dorso de la mano por la frente. Decide

acomodar las cosas, sentar una base, pasar lista a los pertrechos para saber con qué cuenta.

Son ocho bultos grandes, más de lo que todas las pertenencias del soldado Sato ocupaban antes de la guerra.

Debe buscar un lugar donde establecer su campamento. Mira a su alrededor.

A un lado, una especie de llanura: la vista se expande y despereza. Al otro, un bosque que no deja entrar a la vista más que unos metros.

Elige el bosque, se adentra.

Cambian la temperatura, el perfume del aire, la luz, los ruidos, lo que se ve y lo que se siente. Desde el bosque la llanura se siente como un afuera. A la llanura se sale, al bosque se entra.

Recorre los primeros metros barriendo con la mirada a un lado y al otro abanicos de terreno.

Deberá instalarse a una distancia desde la que pueda ver el pozo. Cuando no esté cavándolo, deberá custodiarlo.

Elige un espacio junto a un árbol cuyas raíces como tentáculos entran y salen de la tierra, y donde un tronco caído ofrece una idea de refugio entre tanta verticalidad. Sólo la idea.

El soldado Sato limpia de piedras, ramas y hojas el piso hasta poder ver la tierra.

Un cuadrado de tierra limpia. Que sea un cuadrado no tiene ningún sentido más que el de evocar la forma de una casa o de una habitación.

Coloca los bultos a modo de barricada y decide hacer el resto más tarde.

No sabe cuándo regresará el capitán Takeda y no quiere perder el tiempo.

Vuelve al pozo, bebe un poco más de agua y continúa con la tarea.

Cuando era niño tuvo que cavar un pozo. Recuerda que lo hizo con sus manos y la ayuda de un palo. Tuvo que enterrar algo. No recuerda qué. Recuerda haber arañado el suelo con fuerza y haber sentido la tierra entre las uñas. Sus dedos tropezaron con piedras que los lastimaron pero no los detuvieron. Recuerda la fuerza con la que sujetaba algo en sus manos. Recuerda haberlo enterrado para siempre.

La tierra ya no es tan roja, se va oscureciendo a medida que el pozo avanza hacia su propia profundidad.

El pozo se extiende como una mancha de nada sobre la tierra: el soldado Sato debe moverse alrededor de él para seguir cavando.

Siente cansancio pero no lo escucha. El cansancio no insiste, y como el pozo, crece en silencio.

El soldado Sato se da cuenta de que la luz ha ido cambiando y el sol se oculta al otro lado del bosque, de donde ve llegar algunos rayos rojos.

Busca el reloj en su bolsa. Es la hora en la que si estuviese en su pueblo, comería.

En la guerra no hay horarios, al menos no los que la gente común tiene fuera de ella. Hay otros que deben cumplirse a rajatabla, pero no los determinan los soldados, ni siquiera los capitanes.

El soldado Sato piensa que ya que no tiene órdenes precisas de cómo llevar a cabo su tarea, debe hacerlo del modo más organizado y responsable.

A juzgar por la provisión de víveres, deberá cavar durante varios días. Si es así, no es conveniente cavar el primer día hasta agotar todas las fuerzas de sus músculos.

Decide organizar su refugio.

Esta isla que no figura en los mapas aún no ha sido tomada ni por los japoneses ni por el enemigo.

Si su misión fuese parte de un avance sobre territorio enemigo, se lo hubiesen dicho. Asume que está en zona japonesa o por lo menos neutral.

De todos modos en la guerra no se puede contar con certeza con nada, debe hacer su refugio lo más seguro posible.

A su alrededor sólo ve árboles, tierra, árboles, árboles.

Decide cavar una pequeña trinchera para protegerse estando echado al ras del suelo, en posición de tiro. Mira la pala y agradece tenerla.

Comienza a cavar y antes de que termine, llega la noche, sus búhos, sus ranas, sus grillos.

Invaden la soledad del soldado y como si se despertara a algo, se da cuenta del cansancio que lo habita.

Cubre con hojas el suelo, reacomoda alrededor los bultos, toma una de las raciones de comida y la cantimplora y se sienta.

El cansancio es como un líquido pesado que fluye lento entre sus huesos.

Mira la ración y se pregunta de qué estará hecha. Recuerda la comida que preparaba su madre. Los olores. Piensa en los olores de la cocina e intenta olerlos. Casi lo logra pero se duerme antes, sentado en la trinchera. Sueña con la cocina de su casa, en su pueblo. Sueña con los olores y los colores de antes de la guerra. Los ruidos, mansos como bueyes o el correr del agua.

Se despierta en medio de la noche y es casi como si no se despertara: escucha el ruido del agua con la que soñaba.

Reconoce el bosque, recuerda el pozo, mira sin ver hacia el piso aguzando el oído para capturar el ruido del agua. Viene de la oscuridad del bosque.

Si va a internarse en lo que no conoce, será mejor hacerlo de noche. Si hubiese enemigos, estarían durmiendo o al menos desprevenidos.

Sigue la voz del agua que lo llama, marca mentalmente el lugar de su refugio, y avanza entre los árboles.

Un arroyo de agua plateada. Un tajo en el bosque y la luna flotando blanca como una bola de arroz recién hecho.

El soldado se agacha, mete los dedos en el agua. Ahueca las manos. Manso, bebe.

Algo se aquieta. El soldado duda de la guerra.

Vuelve a la trinchera y duerme. Cuando despierta corre al arroyo para ver si existe.

Se lava. Bebe. Agradece.

Toma una ración y cava toda la mañana, haciendo pausas. La profundidad del pozo alcanza el vientre del soldado Sato.

Apoya las manos en el borde, toma envión y salta hasta enderezar los brazos, sube una pierna y sale.

Lo mira y se asombra. Recuerda la equis roja. No sabe si debe seguir cavando hacia abajo, o hacia los costados. Inclina la cabeza a la izquierda. El pulgar en un lado del mentón, dos dedos se arrastran por la mejilla contraria.

"Soy tonto", piensa. Si no me dijeron, se supone que deba saberlo. Se enoja.

"Piensa, piensa", se dice, cerrando ahora la mano. Un puño de enojo.

Se pone en cuclillas, las manos una sobre la otra, los codos sobre las rodillas.

Dibuja en su mente la isla, por dónde llegaron, cómo fue el recorrido hasta este punto entre bosque y llanura, lejos del mar. Se da cuenta de que está en el centro. Tal vez un punto de avance. Un punto solitario.

No es un lugar de choque, sino no estaría solo. Tal vez luego lleguen refuerzos.

La noche fue silenciosa. No hay otras fuerzas cerca, ni ataques, ni aldeas. Si el pozo fuese para enterrar algo específico, le hubiesen dicho las dimensiones.

Las ideas van y vienen y lo aturden. Hilos que se cruzan y lo enredan todo. "Tonto", repite, cuando llega a un nudo. Tonto, tonto.

"Cave aquí hasta nueva orden", repite el Capitán Takeda en la cabeza de Sato. El soldado lo mira mentalmente.

Intenta encontrar escondidas en esas cinco palabras, las claves. Cave aquí hasta nueva orden. Va a haber nueva orden: esto es parte de algo. Sólo una parte. Tal vez haya otros soldados haciendo lo mismo en otros puntos de la isla.

Una zanja, eso es. Debe estar cavando una gran zanja. Parte de ella. Para dividir la isla e impedir avances.

El plan de murallas no tuvo éxito en otra de las islas del archipiélago. Él escuchó algo de eso.

Si el enemigo quisiese construir puentes, lo derribarían antes. En cambio con las murallas, ocurrió lo contrario: fue el enemigo quien las arrasó antes de que ellos se enteraran. Poder ver al enemigo cuando avanza es importante. Ver es saber. Saber es dominar.

Sí, el pozo debe ser parte de una gran zanja a lo largo del límite entre el bosque y la llanura.

Sin darse cuenta, ha tomado la pala y está cavando.

Es parte de algo. Hunde la pala. Él siempre es parte de algo. La inclina empujando la tierra. Él es una parte. Levanta la pala cargada de tierra. Ser una parte es ser también el todo. Da vuelta la pala sobre el montículo a un lado. Parte. Todo. La tierra se mezcla con la tierra.

El soldado Sato está sudando. Se quita la camisa, se la pasa por la frente y la arroja sobre la bolsa.

Bebe de la cantimplora, levantando la cara. Un rayo del sol se le clava en los ojos y estalla. Ciego de luz, siente sed y hambre.

Mira el pozo y se asombra. Siempre se asombra cuando ve cuánto ha cavado. No puede cavar y mirar el pozo al mismo tiempo. No se puede buscar un resultado si se está mirándolo. Buscar y encontrar. Así se siente cuando mira el pozo: como si lo hubiese encontrado. Qué pozo tan grande. Ahora se siente autorizado a almorzar.

Entra al bosque como si entrara a su casa, se sienta en el refugio como a una mesa servida y come. La ración lo desconcierta. Es como algo que no es. No es sabrosa pero tampoco desagradable. No se siente nada al comerla. Es sólo algo que devora a su hambre.

Abre las cajas: son todas iguales. Sets diarios de dos comidas grandes y una pequeña, atadas de a siete, en cajas de cinco atados. Cuatro cajas. Eso equivale a unos cuatro meses.

El agua no iba a alcanzar para tanto tiempo: ellos sabían que el arroyo estaba cerca.

Nadie puede cavar cuatro meses un hoyo hacia abajo. Se trata de una zanja. Claro.

Se afirma su idea.

Siente que algo encaja. Él y la orden. Él y el mundo. Ambos son redondos, tienen dientes y giran, el diente de uno metido entre dos dientes del otro. Engranajes.

Termina la ración y sigue sintiendo hambre. Bebe más agua.

Esa tarde la pala sube, corta el aire, cae, carga, sube, descarga con movimiento de máquina. Las máquinas no se equivocan, no se cansan. El soldado Sato es una máquina que cava.

En el cielo limpio una mancha: una nube. Avanza lenta, sin detenerse ni apurarse, una navegación pareja como si se deslizara sobre hielo. Una nube sola. Perdida de la manada.

El soldado Sato cava y a veces un recuerdo se cruza sin detenerse ni apurarse, como si se deslizara. Él sólo lo mira. Una nube que pasa.

Sus *guetta* de niño. Recuerda sus pies flacos, abanicos de huesos de pájaro. Los recuerda en la tierra, en los arrozales, en la montaña, en el barro. Su madre encorvada lavando. Había algo en esa posición que lo entristecía. Los hombros adelantados, como si tuvieran que proteger lo que late dentro. Un cuerpo con forma de jaula.

Él recuerda sus pies. Debe haber mirado mucho hacia abajo. Debe haber tenido la misma postura que su madre.

Luego se fue enderezando como una planta que busca la luz, sus hombros se ensancharon un poco y retrocedieron, avanzó el pecho flaco.

Cava sin darse cuenta, y sin darse cuenta se cansa.

Llega el atardecer, y rosa y dorado, lo abraza.

Toma su ración fuera del refugio, en la llanura, mirando nada. Saboreando nada. La nada no duele, no espanta. Desde que empezó la guerra, el soldado nunca había podido darse cuenta de lo sosa que es la ración. Tampoco había podido detenerse porque el cansancio pesara. No había podido mirar el cielo sin buscar aviones enemigos, mirando el cielo.

Esa noche duerme sin un arma cerca, se acuesta, deja que su cuerpo se explaye cuando sueña.

Al día siguiente decide llevar una cuenta de los días, para saber cuánto cava cada día y cuando regresen sus superiores, poder reportar con exactitud y correctamente.

En el tronco caído hace tres marcas.

Recuerda su sensación del día anterior, su desprecio por el sabor de la ración.

Qué estúpido es pensar que la guerra no existe sólo porque en este punto él no la ve. Qué estúpido creerse al margen de la guerra siendo un soldado. Deberá repetir a su cabeza tonta que la guerra existe aunque él no la vea, y que él es un soldado, aunque por momentos goce de privilegios como estar lejos del frente, o en una tierra tan rica, y tener elementos nuevos y todo lo que necesita.

Deberá repetírselo a diario para no caer en esta especie de trampa que lo pondría realmente en riesgo.

Cuando sale a la llanura, ve un rebaño de nubes que avanzan desperdigadas.

Tal vez llueva. Las lluvias en este archipiélago duran días. El pulgar a un lado del mentón, el índice y el mayor bajan por la mejilla contraria: raspa. Se afeita.

Luego desarma el bulto en el que hay dos gruesas telas de campaña. Va a usar una para el refugio y otra

para el pozo. No va a dejar de cavar por la lluvia, pero tampoco puede enfermarse: el resultado sería el mismo.

Busca palos para hacer de parantes. Lleva el hacha.

Se interna en el bosque, siente el crujido de las hojas diferente, más suave.

También es diferente el perfume del aire. La humedad, piensa.

Encuentra troncos que limpia con el hacha. Hace primero una cruz para sostener y tensar cada cuadrado de tela, como una cometa. Hace nudos en las cuatro puntas y las ata con soga a las puntas de la cruz, con fuerza. Luego estas puntas, a los parantes ya enterrados alrededor del refugio y a un lado del pozo.

Es un lujo tener estas pequeñas casas. En el ejército japonés sólo los oficiales tienen carpas. El soldado Sato se siente en falta al pensarlo.

Recuerda que su deber también es no enfermarse. Esto disipa la falta y el soldado se adueña de los improvisados techos de campaña.

Como si lo hubiera estado esperando, la lluvia cae apenas él termina el trabajo.

La lluvia lo acompaña. Él cava debajo del techo que está junto al pozo. Como si fuera un pozo pequeño que luego unirá al pozo madre.

La lluvia no para en toda la tarde. El soldado tampoco.

Cuando partió de su pueblo para unirse al ejército, llovía. Recuerda los ojos tristes de su madre.

Cava con más fuerza. Desde esta posición no va a poder escribirle. Si lo hiciese tal vez no podría contarle de la zanja. Sólo le diría que está bien y que volverá a casa

en cuanto la guerra acabe. Recuerda las manos de su madre como dos tortugas entrelazadas. Tortugas milenarias, buenas, cansadas.

Esa noche sueña que es un niño y su madre tiene las manos blancas y lisas. Como de nieve. Y perfumadas como noches de verano. Las manos de su madre levantan vuelo solas y se escapan. Su madre manca lo tiene en brazos.

Se despierta rascándose la cara. Se toca las mejillas, el cuello, los brazos y siente las picaduras. Pequeñísimos volcanes que arden.

La frescura del arroyo le ofrece un alivio que pasa por su piel tan rápido como el agua.

No debe rascarse, lo sabe. Miles de puntos quemándole la cara. No se rasca.

Cava para no rascarse. No se rasca en todo el día y esa noche cae agotado.

Improvisa una especie de máscara con una gasa para heridas. No sueña nada.

Los días que siguen se parecen tanto como se parecen los minutos uno a otro, como se parecen las paladas. La diferencia sólo se ve en los resultados: en el pozo, en los músculos de la espalda, en las raciones de las cajas.

El pozo ya no tiene forma de huevo. Es una larva que ha nacido entre el bosque y la llanura. Los días de lluvia el fondo se llena de agua: el soldado no cava adentro sino que agranda los limites del pozo como si la larva se estirara.

Lleva la máscara para evitar las picaduras y ha descubierto que el olor de una planta mantiene alejados a los insectos. Abre las hojas carnosas con el cuchillo y se las pasa por el cuerpo.

Esta nueva guerra que lo rodea en silencio le permite observar las plantas en donde antes solo veía bosque o selva. Donde veía sólo uno, ve miles, como si hubiese entendido algo.

Su olfato se ha despertado. Así lo siente el soldado. Como si hasta ahora hubiese estado dormido y hubiese dejado hacer todo el trabajo a la vista.

Con el olfato despierto, la vista y el oído también se han despabilado: ve cosas que antes no veía, distingue sonidos como si los viera. Como si hubiese encontrado nuevas armas.

Algo se ha ajustado de adentro hacia fuera, desde el centro del soldado hacia lo que lo rodea. Lo de adentro se parece tanto a lo de afuera que el límite se borra. Esa línea entre ambos es el contorno mismo del soldado, que va siendo el bosque y la llanura y este pozo negro como una boca llena de hambre.

Hecho bosque y llanura el soldado, la guerra parece lejana. También su pueblo. Él mismo, el chico que era antes de la guerra.

Cuando ve cómo se olvida de lo que es y dónde está, se lo recuerda: él es un soldado, y está en guerra. Su misión es cavar un pozo hasta nueva orden.

El pozo larva se ha extendido hacia el sur y hacia el norte, y su cuerpo hecho de falta se ha hundido en la tierra: llega a la altura del pecho del soldado.

Él ha construido una pequeña escalera. A cada lado del pozo, hay un borde alto de tierra.

El soldado puede ver al enemigo cayendo en él, siendo herido al intentar pasar a este lado de la tierra. Porque la guerra parte a la tierra en dos, como una manzana, una

nuez, una pera. El soldado Sato cava la grieta que parte la tierra. Una parte ínfima en su magnitud, pero enorme en su importancia. De qué sirve un dique si tiene un agujero, de qué sirve una zanja si no lo separa todo. Si no deja del otro lado al enemigo para siempre. El soldado cava, como una hormiga que muerde una sandía, un punto negro más pequeño que una semilla.

El soldado es mínimo, como la punta de una flecha. El soldado Sato cava clavándose en la tierra.

El tiempo del soldado se cuenta en paladas todas iguales.

Decide dejar de hacer las marcas de los días en el tronco.

No sirven: no espera una fecha determinada. Esa fila de patas de araña no avanza hacia ningún lado. Sus superiores vendrán a buscarlo en cualquier momento, hoy cuando caiga el sol, o tal vez mañana cuando vuelva a levantarse o tal vez dentro de un mes o dos o un año.

Él no reportará día por día, sino un día repetido muchas veces: un día en el que ha cavado y por la noche ha vigilado el pozo.

O simplemente reportará haber hecho lo que se le ha ordenado.

Los días no son personas, cada una con sus ropas, pobres o lujosas, sus manos blancas o curtidas, sus miradas. Los días son soldados.

Dibujar los días en el tronco es como marcar distancias en el agua.

El tiempo del soldado es el mar en el que nada: es lo que lo sostiene y en lo que puede hundirse si deja de dar brazadas.

El tiempo del soldado es líquido y no se mide con marcas. La medida del tiempo y del soldado, es el pozo que avanza palada a palada.

En este tiempo líquido el primer modo de nadar del soldado se parece a una lucha. Luego, a una danza. Finalmente, al soldado le salen escamas: se ha adaptado.

Uno de esos días no marcados, el soldado vuelve a sentir la falta de sabor de la ración, y casi al mismo tiempo ve un ave, una clase de pájaro enorme.

Construye una trampa, una especie de jaula hecha de ramas, y coloca su ración como cebo. Está dispuesto a perder su ración a cambio de cazar algo más parecido a la comida de antes de la guerra.

Apoya la jaula sobre una rama y ata ésta a un hilo que él sostiene escondido y quieto.

Su cena cae en la trampa.

Encender un fuego para cocerla implica un gran riesgo: si hay tropas enemigas cerca, verán el humo, lo atraparán y el plan de la zanja fracasará por completo.

Pero sus superiores le han dejado tres cajas de fósforos, de lo que resulta claro que está autorizado a usarlos. De los fósforos deduce que el enemigo no está cerca.

La siguiente vez que intenta cazar un pájaro, entra en la trampa una especie de ratón, más difícil de cocinar pero más sabroso.

Antes de comer el soldado siempre agradece su comida.

Como cuando el paisaje lo seduce, cuando la comida es buena, el soldado se repite que está en guerra como si se diera golpecitos en la cabeza. La guerra se disfraza de placeres para engañarlo.

Cuando quedan sólo treinta raciones, él decide prescindir de ellas y guardarlas como reserva.

Del tiempo que ha pasado deduce que sus superiores confiaron en que subsistiría en el lugar.

O tal vez algo imprevisto hizo que no pudieran regresar a tiempo.

Todo es imprevisto en la guerra. Debe estar preparado. Nada debe sorprender a un soldado.

Camina girando sobre su eje, siempre. Para no ofrecer la espalda como blanco, para que nada pueda acercarse sin que él lo vea antes.

Su marcha no es una línea sino una espiral, la distancia más larga entre dos puntos, la más segura.

Nunca sintió una amenaza concreta que pudiera provenir del enemigo. Voces, humo, ruido de balas o bombardeo.

Esta vida se parece a veces a un adormecimiento. El mismo que hace que los pájaros o los ratones caigan en las trampas.

Los días de lluvia regresan, montados sobre nubes gordas como caballos mal dibujados.

El soldado se pregunta si será una temporada de lluvias como la pasada o una lluvia aislada. Prepara los techos de campaña.

Cava todo el día debajo del techo. Alcanza los límites de su refugio seco: ya no puede seguir cavando.

Se sienta en el fondo. La pala a su lado, descansa. Hilos de agua surcan las paredes y caen como guirnaldas: el techo está agujereado.

Siempre que deja de cavar el soldado siente el cansancio.

Estira una pierna, apoya un brazo sobre la rodilla de la otra. La mano cuelga, mojada. Una gota resbala por el dedo más largo. Una curva cada vez más profunda que se desprende y cae suicidada.

El soldado mira varias, en fila. Soldados de agua.

Los recuerdos desfilan y él no los mira. A los recuerdos no les gusta ser ignorados. Algunos, como las nubes que no llueven, se vuelven más densos. Otros cambian de forma, se disipan, desaparecen.

Hace un montículo con el barro del fondo. Lo mira hasta ver una cara. Cuando la ve, la esculpe. Cuando la reconoce, la nombra. La llama Unno, como su mejor amigo de la infancia.

Y brotan de su boca nombres que empiezan a nombrar de nuevo todas las cosas.

El segundo nombre es de mujer y cae sobre la pala: Sachiko.

Recuerda a Sachiko, la hermana de su amigo. Recuerda sus gestos, su cara, su andar como si flotara.

Las mujeres están más cerca de la naturaleza, por eso conservan el misterio. Tienen motivos como los del rocío, la caída de las hojas, las olas.

El soldado mira a Sachiko como se mira a la luna.

Luego surgen otros nombres de su boca y caen sobre los bultos, las armas, las plantas.

Todo tiene nombre menos el pozo. El pozo no puede ser nombrado.

El soldado esculpe más caras en el barro y las nombra. El pozo se llena de caras que desde la oscuridad acompañan al soldado, le sonríen, lo vigilan, lo ignoran, le gritan, lo invitan a beber, le cuentan cosas, le dan ór-

denes. Algunas voces son mucho más fuertes que otras. No es el soldado quien decide la fuerza de cada una, es el pozo.

El soldado ya no las escucha separadas sino que se han hecho una sola, que al mismo tiempo le dice que cave, que lo han olvidado, que debe cuidarse, que debe dar su vida por la patria, que él es un buen soldado, que él no vale nada.

El soldado borra de un golpe las caras. Todas. Y solo en el pozo, como si éste se lo hubiera tragado, su cuerpo se sacude como si algo diera golpes desde adentro. Emite ruidos como pequeños truenos, pero más agudos, más animales. Su boca se estira y se tuerce en una mueca como la de las máscaras de teatro. Sus ojos se cierran, apretados, y de ellos caen gotas, como antes de sus dedos.

Sigue sin mirar las nubes de sus pensamientos. Sólo deja que llueva, y que todo se limpie como se limpia el bosque.

Llueve toda la noche, mientras el soldado duerme.

La mañana siguiente llega, como siempre, por la llanura y es esplendorosa, femenina.

Se cuela en el bosque a buscar al soldado y lo acaricia.

El soldado siente que hay algo nuevo en el aire, y piensa que tal vez hoy sea el día en que vuelvan a buscarlo.

Ha mudado el campamento de lugar varias veces para no perder tiempo caminando hasta el extremo de la zanja.

La larva es una serpiente que se ha extendido y ahora separa la llanura del bosque: ha cobrado un sentido.

El soldado piensa que tal vez no regresen a buscarlo sino que será él quien se acerque al siguiente cavador al avanzar con su parte.

"Es un día bueno", piensa, mientras come. Una vez más piensa que le gustaría comer pescado. Decide intentarlo, construir una especie de cerco y colocarlo en el arroyo.

En el bosque hay plantas que parecen suficientemente flexibles y largas como para entretejerlas.

Con el cuchillo en la mano, se adentra en el bosque y en su magia.

Cuando entra al bosque siempre siente que vuelve a algo. Aún hechos de diferentes plantas, todos los bosques son el mismo bosque.

Camina mirando hacia lo alto buscando lianas.

De repente, un rayo, un golpe, un fuego quemándole una pierna. Cae al suelo, derribado. Tensos todos los músculos de la cara. El grito se ahoga en el miedo. Sostiene su pierna con ambas manos, y la aprieta debajo de la rodilla izquierda. No se anima a tocarla.

Su cuerpo queda inmóvil. Su mente también. El bosque desaparece.

Cuando despierta es de noche, y ve a su madre multiplicada entre los árboles. Algo ruge desde lejos: desde adentro del soldado. Se arrastra.

Recuerda: está herido. Debe haberlo picado algo. Imagina el veneno corriendo por su sangre. Se saca la camisa y la ata con fuerza a la altura de su rodilla. Piensa que debería haberlo hecho antes. La herida es pequeña: dos agujeros. "Una serpiente", piensa.

Una serpiente como una zanja.

Intenta levantarse, se marea. Anda sobre sus rodillas y sus manos, como un perro.

En el refugio se deja caer. Alcanza la cantimplora, bebe y se moja la cabeza.

El mundo se ha vuelto extraño y amenaza. Él mismo es un extraño en un cuerpo que arde.

Su madre lo mira en silencio con los ojos llenos de palabras. El soldado toma el cuchillo e intenta abrir los ojos de su madre, pero ella cambia de lugar como un fantasma. En la carrera inmóvil dentro de la trinchera, se hace un corte en la mano.

Cae en el sueño como en una trampa. Los ojos-cárcel de su madre se multiplican, hacen agujeros en la oscuridad y espían.

El soldado pasa una noche larga o varias revolviéndose en la trinchera.

Limpia el fondo y hace un hueco con forma de huevo. Se acurruca adentro como un cero. Intenta cerrar sus oídos, como un perro que baja las orejas, pero los gritos vienen de su pecho. Se cierra al adentro y al afuera, existe apenas.

Algo persiste y duele.

Lo único real es el agua que bebe, y los fluidos que salen de su cuerpo. Y el dolor que va y viene como una ola, y lo arrastra, y lo escupe a una orilla de sueño.

Qué va a pasar con el pozo si él muere. Quién va a continuar la tarea. Él intenta ir por ese camino pero la pendiente lo lleva hacia otro lado: imágenes de su madre, sus amigos, los arrozales y las montañas. Hay alegría en el desfile, como si la muerte sonriera. Una sonrisa es un refugio siempre. El soldado se duerme.

A la mañana siguiente su propia vida le es devuelta: la fiebre se ha ido, puede moverse.

El hambre es la bienvenida al mundo de los vivos.

Tiene una mano herida. Se lava y se hace un vendaje.

Abre la caja de las raciones de reserva y se da cuenta de que ha comido durante los días de la fiebre. Quedan pocas. Toma una y la abre.

El regreso de sus superiores se ha tornado difuso.

Lo único que permanece inamovible dentro y fuera del soldado es el pozo.

Tal vez todos han muerto, piensa. Tal vez el ejército japonés ha sido diezmado. Tal vez el del enemigo. Tal vez lo que él está cavando es una gran fosa para enterrar los cadáveres. Miles. Tal vez él deba arrojar a todos dentro y luego dejarse caer como el último cadáver.

Cuando termina la ración va a ver el pozo.

En cuanto lo ve, lo reconoce: a un lado la llanura, al otro, el bosque.

Ese pozo es él mismo: algo que divide, se hunde, crece. Hecho de barro y falta. Lleno de cadáveres.

Recuerda de repente lo que enterró cuando era niño. Una vara que uno de los dueños de los arrozales llevaba en la mano. A él le pareció un símbolo de mando. El recuerdo empuja algo. No sabe qué pensaba al hacerlo. Recuerda lo que sentía: un peso.

"Obediencia", piensa, y la palabra ilumina lo que muestra.

Como otras veces, sin darse cuenta, ha comenzado a cavar y se sorprende a sí mismo en medio de la tarea.

Recuerda la equis roja y al Capitán Takeda. Recuerda el día en que se unió al ejército. Estaba feliz, lleno

de orgullo, dispuesto a morir. Había cumplido dieciocho años unos días antes. Un uniforme, un arma, una misión parecían sus regalos. Los regalos que el Emperador le enviaba al último súbdito, al más pequeño, al hijo de una campesina viuda en un rincón de las montañas. Él puso su vida en una bandeja a modo de agradecimiento, y permaneció parado mirando al frente, vacío de todo lo que no fuera entrega.

Algo decanta.

Como hojas de té que se han desperezado en el calor del agua.

La lenta caída les devuelve su esencia: un perfume verde. A un lado y al otro, bajan como si no quisieran. Una caída que se parece a un vuelo.

El fondo espera. Las hojas siempre llegan.

Ya no cava.

Sale del pozo.

Por primera vez quisiera saber qué día es. Cómo se llama la tierra que pisa.

Corre a buscar el espejo con el que antes se afeitaba. Se busca.

El espejo es pequeño: recorre su rostro de a partes, como un terreno.

Debajo de los pómulos empieza la barba: de un lado la piel limpia como una llanura, del otro, un bosque negro de pelos. Pero es en la mirada donde se pierde: es otro.

Vuelve a un costado de la zanja.

Parado sobre uno de los montículos que la protegen, levanta la pala, la llena de tierra y la da vuelta en el vacío.

La profundidad no se inmuta. La acción del soldado no produce cambios.

El soldado se siente invisible. Da rápidas paladas empujando la tierra adentro del pozo.

Va a taparlo todo aunque le lleve el doble de tiempo y esfuerzo que haberlo cavado.

Arroja tierra dentro del pozo durante todo el día. No caza, no come. Bebe mucha agua.

Los pensamientos pasan y él intenta ver sus formas de nube y descifrarlos.

Mezclado entre recuerdos, vuelve a él su nombre: Hyuga.

Recuerda la voz de su madre llamándolo. Recostado en el recuerdo, que es suave, se duerme. Sueña que el pozo tiene dientes en sus bordes, dientes metálicos.

La noche transforma lo que toca.

Cuando el soldado despierta, su decisión se ha tornado pregunta.

Él responde dando paladas.

Por fin sabe lo que entierra: entierra al pozo. Lo va a hacer desaparecer debajo de la tierra.

Trabaja con fuerza.

De repente, siente un temblor en el aire, profundo y suave. Ruge algo, se acerca. Un avión.

El corazón de Hyuga se alegra. Vienen a buscarlo.

Una avalancha de pensamientos cae sobre la alegría. Él está desobedeciendo. Está tapando la zanja que se le ordenó cavar. Está atacando la orden General Imagawa, y echando por la borda la carrera del Capitán Takeda que lo eligió para la tarea. Está abriendo el camino al enemigo. Está traicionando al Emperador. Será juzgado, condenado y muerto con deshonor.

De qué sirve un hombre si no sirve a su patria.

Un hombre sin patria es un eslabón sin cadena, una pieza suelta, una gota sola que no moja nada.

El avión se ha ido.

No han venido a buscarlo. No lo han atacado. Algo pasó como si no hubiera pasado.

La tierra ya no tiembla. El pozo parece mirarlo.

Sigue tapándolo. Espera que su madre entienda. Él es un insecto que sale de abajo de una piedra. La muerte no importa.

Algo ha girado. El honor está en la desobediencia.

No puede quitarse la imagen de Sachiko de la cabeza. Es tan real como el aire.

Morir es renunciar a ella. Morir es no ver nunca más la luna. Ésa será la deshonra y no otra.

Echa la tierra al pozo, la devuelve.

El fondo sube lentamente a través de los días en que Hyuga arroja paladas sobre él.

Sigue sin cazar. Durante algunos días reduce su alimento a una ración diaria.

Puede ver sus manos cada vez más delgadas.

Cuando era niño veía sus pies. Ahora mira sus manos. Sus manos en el mango de madera de la pala, ahuecándose para llenarse de agua, empujando montículos de tierra al pozo cuando se cansa de trabajar con la pala.

Sus manos están llenas de durezas. Como caparazones de tortugas milenarias, buenas, cansadas.

Los días se parecen como se parecieron antes, pero ahora avanzan hacia un lugar que Hyuga puede ver: la muerte. Ver es importante, es saber, es dominar.

La muerte no es más que la tierra que cae sobre el pozo de la vida.

Tranquilo, duerme y sueña con la montaña junto a su pueblo. Trepa.

En la cima hay un abismo: la montaña no es más que un cono de piedra que rodea un agujero.

Cae. Despierta.

El lugar del primer campamento se va acercando a medida que Hyuga avanza. El punto de partida y el de llegada son el mismo. Un camino con forma de círculo.

Recuerda la equis roja y recuerda no haberla visto.

Espera que sus acciones no tengan consecuencias para otros más que para él. Él es el eslabón fuera de la cadena, la pieza suelta, el hombre muerto.

El pozo ya no divide nada. Su sentido se repliega.

Como si enterrara a alguien y ahora pudiera verle la cara, Hyuga necesita más fuerza para dar las mismas paladas. La tierra pesa.

Una mañana, como si se negara a seguir, la pala se parte. Su compañera se transforma en dos pedazos inútiles, uno de metal, otro de madera.

Hyuga sigue con sus manos. Las palas de su cuerpo.

La gran zanja que partía la tierra es ahora un hueco negro donde cabría un perro. Un perro solo, sin dueño.

Hyuga está de rodillas, una mano quieta sobre cada pierna.

Echa puñados de tierra al pozo. No piensa la muerte, la siente, como una certeza. Una certeza es algo firme: sostiene. Hyuga se apoya y descansa en la idea.

Cuando el pozo está enterrado y sólo queda una cicatriz negra sobre la tierra, Hyuga vuelve al refugio y duerme.

Durante varios días pasan aviones. Como si hubiesen estado esperando que él terminara.

Los días se acoplan a nuestros tiempos cuando no los contamos, piensa Hyuga.

Ya no nada en los días que fluyen: flota, se hunde, da vueltas.

Una mañana cuando está colocando el cerco, ve venir por el arroyo, a un nativo viejo.

Dos calmas sorpresas. Manos que danzan en juegos de señas.

El nativo reconoce los jirones del uniforme e intenta explicar algo.

Hyuga cree entender que la guerra ha terminado. Japón ha perdido.

El hombre, que parece un cazador, le dice a Hyuga que lo siga.

Llegan a un pequeño poblado que parece recién instalado. Han venido de otra de las islas huyendo de una epidemia.

Pregunta la fecha. Calcula. Ha estado en el bosque mucho tiempo.

Si la vida de Hyuga fuese un bol de arroz, el tiempo del pozo sería un gran bocado. Suficiente como para dejar a Hyuga hambriento si esa parte le fuera quitada.

Al cabo de tres días dos funcionarios del gobierno japonés se presentan a buscarlo. Lo conducen de regreso a su tierra.

Hyuga no tiene palabras. No explica la desobediencia.

Escuchará al ejército diseccionar su historia y comerá los pedazos en silencio.

Se prepara durante todo el viaje.

Una vez en Japón, es llevado en un móvil del ejército hasta su pueblo.

Tres días después deberá presentarse en la Sede Central del Ejército.

Parado frente a su casa, la observa.

La arena del techo es demasiado pesada y en algunas partes las vigas han cedido. Veinte centímetros de arena para mantener la casa fresca en verano y cálida en invierno.

Un vecino se acerca. Hyuga lo saluda. El hombre lo mira sin reconocerlo.

Hyuga le dice que es el hijo de la viuda.

"Has crecido", dice el hombre.

Hyuga no dice nada.

Bajando la cabeza, el hombre agrega "Tu madre ha muerto".

El abismo que Hyuga vio en sueños, está ahora en su pecho, en su boca.

Crece. Desborda del cuerpo, lo rodea.

El vacío se expande sobre todas las cosas, las niega.

El primer día recorre la casa, la limpia, la ordena. Encuentra a su madre en los objetos.

Come pescado y arroz.

Mira a Sachiko desde lejos.

El segundo día compra maderas y repara el techo.

El tercer día viaja a Tokio y es alojado en una guarnición junto a otros soldados. Al día siguiente será llamado a prestar declaración sobre su caso.

En la barraca cuenta su historia.

Algunos se sorprenden, pero hay muchas historias que van y vienen y la de Hyuga se pierde. Ya no hablan de enemigos sino de vencedores.

Hyuga pregunta por el General Imagawa: murió en la isla, durante un ataque.

Sobre el Capitán Takeda no logra averiguar nada.

Esa noche no duerme. A la mañana siguiente es llamado.

Una sala grande en la que sólo hay un escritorio y detrás de él un funcionario que no le informa su rango. Sobre el escritorio, pilas de formularios.

Hyuga reporta rango, que formaba parte del escuadrón asentado en la isla, y que su misión era cavar un pozo.

Luego hace un silencio y llena su pecho de aire y de fuerza.

El funcionario lo interrumpe: "¿Cómo se escribe su nombre?", pregunta.

Hyuga responde.

El funcionario pregunta quién estaba a cargo del escuadrón.

Hyuga nombra al Capitán Takeda.

El funcionario no levanta la vista de los formularios que va llenando.

Hyuga, lleno de valor, confiesa.

El funcionario repite "¿Usted tapó el pozo que había cavado?"

"Sí", dice Hyuga desde su centro.

El funcionario no dice nada.

Hyuga piensa en la calma de las tormentas cuando avanzaban por la llanura. Sin estridencias, sin piedad ni pausa.

Hyuga espera ser conducido a una celda.

El funcionario mira a Hyuga como si no lo viera y le dice que puede retirarse.

Hyuga pide permiso para hablar y repite lo que ha hecho.

El funcionario parece cansado. Dice que la guerra ha terminado y el deber ahora es la reconstrucción. Vuelve a sus formularios.

Hyuga continúa de pie frente a él, en silencio.

"¿Qué espera?" dice el funcionario, molesto.

Hyuga sale de la sala.

El gorro en la mano. El paso lento, casi inmóvil, hacia la calle.

Los ojos se mueven como si buscaran algo. Vuelos cortos y rápidos, como un insecto inquieto.

Afuera no hay nubes. Un cielo en silencio.

Una mujer y una niña llevan ollas y cacharros. Corren.

Los ojos de Hyuga siguen buscando y no encuentran.

Pasa un soldado en bicicleta. Lleva una sombrilla abierta sobre su cabeza. Tres círculos, la sombrilla y las ruedas.

La bicicleta se aleja, dibuja una víbora en la tierra.

Los ojos de Hyuga se aquietan.

Se posan sobre la huella.

Pasa más gente.

Queda un indicio de la víbora en la tierra.

Se borra.

La oscuridad es una intemperie

Debajo del párpado el ojo sigue abierto.
César Fernández Moreno

Estuve en el ascensor hasta que alguien entró y me preguntó a qué piso iba. Me había olvidado de marcar.

Entré a casa y me senté. Cuando mi cartera se apoyó en el sillón, la correa se deslizó por mi hombro, y cayó lentamente y en silencio sobre el fondo azul de los almohadones. No sé cuánto tiempo estuve así. Fue como estar sentada a la orilla de un río. Y como si el agua hubiera traído un tronco, ese tiempo trajo la idea de estar a oscuras. Me aferré a la idea. Bajé las persianas, cerré las cortinas, apagué las luces.

La oscuridad nunca es perfecta. La luz es su defecto.

Vendé mis ojos con un pañuelo negro y recordé: "Debajo del párpado el ojo sigue abierto".

A los pocos días de haberme mudado, pensé que lo primero que escuchara en mi nuevo departamento iba a determinar cómo serían mis días allí.

Se habían llevado los canastos de la mudadora, y como si antes mi voz se hubiera entibiado entre los zigzagueos del mimbre, como si los resabios de vida vegetal de los canastos me hubieran escuchado y luego las paredes se hubiesen negado a hacerlo, mi voz rebotaba blanca contra ellas, fría.

Busqué entre los discos que aún estaban en el piso, la transcripción de Liszt de la Sinfonía número 6 de Beethoven interpretada por Glenn Gould.

Las manos grises de la foto parecían arañas y yo podía verlas sobre las teclas mientras escuchaba. Arañas lentas, como al acecho.

Pero los sonidos de tu música entraron por el balcón y se enredaron con la mía como serpentina: cayeron.

Entonces yo subí el volumen. Vos bajaste el tuyo.

Al día siguiente imité tu gesto.

Intercambiamos música a través del balcón durante algunos días.

Compartíamos un balcón que daba al contrafrente con un vidrio oscuro de por medio que separaba tu espacio del mío.

El edificio era el más alto de la zona, como si se hubiera puesto de pie y los demás no lo hubiesen hecho.

Dos o tres días después de dialogar a través de la música, salí al balcón y me acerqué al vidrio. Sentí que estabas ahí, no sé si te oí respirar o hacer algún movimiento.

"Me gusta el paisaje", dije, y era verdad.

Me gustaba lo que podía verse desde el balcón y había sido el principal motivo por el cual había comprado el departamento.

Era como si la ciudad que se imponía tan vertical en la calle, tan vertical como una jerarquía, allí se volviera mansa, echada a los pies del balcón, ofreciendo sus techos y sus terrazas como infidencias y secretos.

"A mí me gusta el aire", dijiste, y me molestó tu voz, tu voz de mujer.

Yo te había imaginado varón y te llamaba "vecino" en mis pensamientos. Tu voz fue como tocar la tecla de un do y escuchar un sol.

No te respondí.

Por unos días seguimos sólo con la música. De Beethoven pasamos a Satie, y de su piano solo al de Bill Evans. De él al de Keith Jarrett, con contrabajo y batería primero y luego haciendo las Variaciones Goldberg, que inevitablemente nos devolvieron a Glenn Gould, con quien habíamos comenzado.

Más tarde descubrí que aquella sería la forma de todas nuestras conversaciones: un círculo. Luna llena, cero, la tierra, vientre materno, huevo. Eso dibujaban nuestras palabras al conversar. Volvían solas al punto de partida. Nunca comprendí qué las guiaba, pero iban seguras, como las hormigas. Y así como de niña yo había intentado modificar los caminos de las hormigas poniéndoles obstáculos o echándoles agua, en nuestras charlas a veces intentaba pequeños desvíos que nunca funcionaban.

Supongo que las ideas tienden a dibujar círculos porque si no lo hicieran, si sólo se alinearan una detrás de otra, no llegarían a ningún lado y se perderían en infinitas rectas.

Así, en círculos, fui mostrándote a través del vidrio toda mi vida, o mejor aún: sólo su esencia, escondida en detalles, tonos, símbolos. Mi hijo, quince años de matrimonio, el otro hijo que nunca vino, la crisis, el divorcio, empezar a trabajar a los treinta y cinco, descubrir la fotografía.

Al contártelos mis palabras echaban luz sobre los hechos y yo podía verlos de otra manera. Mi vida como un

camino para llegar adonde estaba en ese momento. No habría entendido nada de eso si vos no hubieras estado del otro lado del vidrio.

Camino por el living, que a oscuras es enorme y no el de siempre. Tanteo el botón en el equipo y pongo música. Un piano, después un violín y un cello. La música es más clara a oscuras. Puedo sentir lo que no veo.

Después de haber hablado varias veces con el vidrio de por medio, parecía una descortesía no invitarte a casa o presentarnos cara a cara de algún modo.

Un día, en el ascensor, una mujer demoró en marcar el piso al que iba. Me pregunté si aquella sería la cara de la voz, tu voz. Su cara no agregaba nada sino que se interponía entre la voz del balcón y yo. Cualquier cara se hubiese interpuesto.

"Te va a parecer raro", te dije más tarde en el balcón, "pero preferiría que no nos viéramos, que siguiésemos hablando sin vernos".

Respondiste en seguida que no era necesario que nos viéramos, y cerramos el pacto.

Las primeras veces yo me sentaba en el balcón y esperaba. No sabía qué pero sabía que aquello que hacía era una espera: sentarse, abrir el pecho y mirar pasar el tiempo.

Nos fuimos poniendo de acuerdo en el horario sin hablar sobre ello.

Así eran muchos de nuestros acuerdos: como algo que se acomoda solo. Como un cuerpo hace que la arena tome su forma moviéndose suavemente en ella. Yo me sentaba en mi silla y te esperaba. Como ahora, sentada en la silla de la cocina a oscuras.

Hace un tiempo vi un cuadro de Nora Iniesta. Te hablé de él. Tres sillas negras, sin curvas ni rarezas, cuatro patas y un rectángulo doblado en un ángulo recto. Estaban pintadas de frente, equidistantes y paralelas.

Ese cuadro no produjo ninguna sensación en mí hasta que pocos días después vi un dibujo de Agdamus de tres sillas formando un triangulo escaleno, desordenado. Resultaba obvio que allí había ocurrido algo humano: una conversación, un tiempo compartido, discusiones o planes. En ese momento me di cuenta de que en el primer cuadro no había ocurrido nada. En todo caso un desencuentro o un silencio.

Las sillas son objetos mágicos.

Algo así pasó con mi silla, la que estaba junto al vidrio en el balcón. En realidad era un sillón: tenía brazos. Brazos que no abrazaban pero sostenían con firmeza de madera. Mi silla se transformó en algo nuevo, perdió su inocencia de silla después de aquel pacto entre tu voz y yo.

Cuando hablábamos yo miraba el paisaje, y cuando a veces por reflejo giraba la cabeza para mirarte, era mi cara la que veía reflejada en el vidrio.

Yo no conocía tu cara sino más allá de ella.

La oscuridad ahora en la casa es lisa. Hay pequeños ruidos que caminan como insectos sobre ella. Siento el frío del agua que bebo y siento mi propia lengua, mi garganta, como algo que se cierra y se abre, el cosquilleo de mi pelo sobre los hombros, mi peso.

Camino por las baldosas frías, paso junto al ronroneo de la heladera, hacia la puerta que da al living. Mis pasos se han acortado.

Entrar de una oscuridad a otra es como no entrar a ningún lado. Pero siento en mis pies la calidez casi blanda de la madera, los hilos de lana de la alfombra.

La ausencia de colores es una especie de silencio.

Recorro con las manos los sillones, la mesa baja, algunos adornos, un libro que dejé tirado. La cabeza ligeramente levantada, como si intentara mirar más lejos y por encima de algo. Recreo en mi memoria las imágenes de esos objetos que conozco. Luego intento pensar si fueran sólo lo que toco, lo que huelo, lo que oigo, sin lo que veo.

¿Qué sería cada cosa que es? Una piedra, por ejemplo, su lenta temperatura, su dureza, su forma única. ¿Una mariposa? El aleteo, el aire que se mueve en olas diminutas. ¿Qué cosas me parecerían bellas si no pudiera verlas? El ruido del agua, sin duda, la música. Pienso olores y sabores. Pienso en tu voz. Tu voz era serena, apenas ondulante, transparente. Aprendí a reconocer en ella matices que las palabras no pueden atrapar, como reconocemos los pasos de alguien a quien esperamos o su modo de mover la llave al abrir la puerta.

Volví a decirte que me gustaba el paisaje varias veces y cada vez me pediste que te lo describiera. Una vez te hablé del cielo sucio que aplastaba a la ciudad, otra de las ventanas que empezaban a encenderse como ojos que despiertan. Otra vez me detuve en una grieta de un edificio frente al nuestro: un rayo quieto que partía la pared. Me había gustado la idea de que aún sin moverse el rayo lograra ser fiel a su esencia y partir la pared.

Vos escuchabas atenta y hacías preguntas que siempre revelaban algo. Revelabas cosas, ideas, mundos ente-

ros, a través de tus preguntas. Casi nunca dabas respuestas, sino preguntas nuevas. Preguntas serenas, sin ansia, sin la voracidad que tienen algunas preguntas por las respuestas, como si no pudieran estar solas. Tus preguntas parecían respuestas.

La ciudad cambiaba frente a nosotras, como un espectáculo. Pasaron tantos cielos, tantas ciudades diferentes...

Cuando llovía no podíamos salir al balcón, pero no dejamos de hacerlo cuando el frío no era demasiado. Recuerdo haberme sentado con las manos en los bolsillos, la capucha puesta y una taza humeante a mi lado.

En primavera y en verano las conversaciones se alargaban y llegamos a cruzar los límites de la medianoche hablando.

Qué hora será.

En la oscuridad el tiempo se desordena, no se agarra de las cosas. El espacio en cambio se expande. También el miedo. Los ruidos adquieren otros significados, como cuando caminamos por un cementerio. Estamos más solos. Se apagan los espejos. La oscuridad es la tierra de los monstruos. Pero no es necesario esconderse. Tampoco posible. La oscuridad es una especie de intemperie.

Me preguntaste por mi trabajo como fotógrafa. Yo sacaba fotos en colegios, bautismos, casamientos, fiestas. Al principio había querido captar este detalle, aquel gesto, pero con el tiempo y sin saberlo fui aprendiendo que a veces eso que yo buscaba mostrar era lo mismo que la gente quería ocultar.

Yo tenía la sensación de que había algo que no decías. Pero, ¿quién no tiene secretos, quién no da sino sus

propias versiones de las cosas? ¿Quién no se muestra también en lo que oculta de sí mismo?

Todas las mujeres tenemos un secreto, desde niñas. No importa de qué está hecho, nos constituye, como nos constituye la espera y el silencio.

Hablaste de una infancia en el campo. Una mudanza a la ciudad para ir al colegio. Una carrera como crítica de música. Algunos amores. Pero todas estas cosas parecían detalles cuando nos sentábamos en el balcón frente al paisaje.

Era como si jugáramos con una linterna y una lupa. Alumbrábamos cualquier cosa y la mirábamos juntas, y de repente ahí estábamos vos o yo, en eso que mirábamos.

En el balcón, ese espacio que es adentro y afuera al mismo tiempo, hablábamos de detalles. Estamos en ellos como el ADN en cada célula.

"La mirada" dijiste un día en el balcón. Sacando aquellas fotos yo había perdido mi mirada. Entonces elegí un tema: mujeres de cuarenta años, en sus casas.

Cuando terminé de hacer la primera serie, metí las fotos en un sobre de papel madera y lo deslicé entre la pared y el vidrio del balcón, por el mismo hueco por el que habíamos intercambiado las copias de las llaves de nuestros departamentos, para mostrártelas.

No dijiste nada.

Llamé a cada una de las mujeres y apelando al vínculo que se había creado haciendo las primeras fotos, les pedí repetir la sesión. Hice una segunda serie que resultó mejor que la primera. Deslicé el sobre entre la pared y el vidrio y esperé.

Seguiste sin referirte a ellas. Me preguntaste, sí, cómo eran las mujeres y hablamos de cada una.

Repetí la serie varias veces más, con las mujeres que iban quedando. Pasaba los sobres entre la pared y el vidrio, y esperaba.

Como había ocurrido con la pintura de las sillas y luego el dibujo, no me di cuenta de lo que faltaba en las primeras fotos hasta que vi las últimas.

Sentada en el balcón frente a un cielo y una ciudad sin colores fui pasando las fotos sobre mi regazo y te las fui describiendo.

En una estaba mi soledad, en otra el modo de envejecer al que le temo, la locura que a veces asoma, mis miedos, mi vulnerabilidad, mi fuerza.

Cuando dije eso, vos dijiste que el trabajo era bueno.

Estoy cómoda en la oscuridad. Veo cosas que imagino. Un dios muy viejo creando al hombre. Lo moldea de barro y lo sopla. Y finalmente ata a sus pies un pedacito de oscuridad al que llama "sombra".

La oscuridad se ha tornado acogedora.

Desapareciste tan suavemente como habías llegado, sin explicaciones, como la primavera y el invierno. Y como un cuerpo hace que la arena tome su forma moviéndose en ella, tu ausencia se hizo un espacio en mi vida.

Hasta que un día, al volver a casa, vi a las vecinas en la vereda.

Hablaban de que te habías ido. Y una de ellas te llamo "la ciega". La otra asintió, como si todos supieran que eras ciega.

Después siguieron quejándose del tiempo. Yo las saludé moviendo apenas la cabeza. Entré al ascensor y estu-

ve allí hasta que alguien me preguntó a qué piso iba. Me había olvidado de marcar.

Tomo las llaves de tu departamento del segundo cajón de la cocina. Nunca las había usado. Entro a tu departamento, no enciendo las luces. En el balcón hay varias macetas. Las plantas están marrones, pero conservan las formas de ramas llenas de hojas y algunas flores. Como si la muerte las hubiese sorprendido de repente.

Entre la pared y el vidrio están los sobres, cerrados, apoyados apenas en la tierra de una de las macetas.

Vuelvo a casa, descorro las cortinas, levanto las persianas, abro las puertas de vidrio del balcón. Mi silla está sola.

Cierro los ojos y siento el aire. Lo que veías vos, yo también puedo verlo ahora.

El pañuelo y el viento

Las últimas veces no contaban. Habían sido en esas fiestas en las que mis hermanas se empeñaban en juntarnos como si así volviéramos a ser la familia que habíamos sido, como si para crear una orquesta bastara con poner en un mismo lugar a los músicos. Pero esas veces no contaban. Las últimas para mí habían sido los mismos veranos que para ella, sino no me habría pedido que pasáramos juntos tres días en el campo como antes. "¿Todos?", le había preguntado en el teléfono como un idiota. "No," había dicho ella, "nadie más. Quiero estar tranquila, todos seríamos muchos". En eso pensaba cuando la vi en la estación, o mejor dicho, reconocí entre la gente su modo de andar, como si nada le pesara, ni su cuerpo ni el tiempo ni eso que todos acumulamos como se acumulan trastos viejos en un placard que nunca abrimos.

Lala, pensé, la más dulce, la más suave. "Laura", dije, y me acerqué. Entonces me di cuenta. Llevaba un pañuelo en la cabeza y por debajo del pañuelo no asomaba el pelo lacio, brillante y oscuro de Lala. Siempre había sido delgada de un modo que uno veía en su fragilidad la elegancia de un ciervo, como una flor de pocos pétalos o las ramas más finas de un árbol. Pero parada en el andén,

con un bolso pequeño junto a los pies, un pañuelo azul en la cabeza, los ojos más grandes que nunca, su delgadez era la de algo cuando se acaba, algo que uno nombra con la palabra menos, lo que tienen las cosas cuando se alejan. El impulso de abrazarla se desvaneció en el espacio que nos separaba y mis brazos abiertos cayeron a los costados de mi cuerpo. Ahora sé que lo que yo necesitaba en ese momento eran palabras. Me quedé recorriéndola con la mirada, y ella dijo "¿La tía no te dijo nada?" Todo iba cayendo dentro de mí sin que yo pudiera atraparlo a tiempo. La voz de mi madre diciendo "María Laura está enferma", hablando de "lo de María Laura" en voz muy baja, yo dejando pasar las palabras de largo como hago a veces con mi madre.

"No sabías", dijo Lala, y ni siquiera pude decir que no. "Mejor," dijo ella, "entonces viniste porque querías. Me pone contenta". Y ahí fue Lala de nuevo, mi prima, la que yo había querido abrazar antes. Puse mis brazos alrededor de sus hombros, torpe, a destiempo, y ella también me abrazó y me dijo que era un idiota. "El mismo de siempre", dije, "para que me reconocieras".

Tomamos un taxi fuera de la estación y le pedimos que nos dejara en la entrada del casco. Caminamos. Entonces creí entender qué era lo que Lala quería: en ese camino de tierra, entre acacias, yo volvía a tener cinco, ocho, once, catorce, veinte años.

La casa nos esperaba como parecía hacer siempre esa casa. Funes y la mujer la mantenían ni muy limpia ni muy sucia, ordenada y como decían ellos "lista", y así esperaba la casa a todos, coleccionando objetos desde principio de siglo, del otro siglo, superponiendo refacciones de los '70, los '90 y otras que yo no había visto.

Había una hamaca de hierro antiquísima en la que solíamos hamacarnos los once primos todos juntos. Entre los sauces había una mesa de mármol, alrededor de la que poníamos bancos de cemento adornados con pedazos de cerámicas de colores, unas sillas de caño rojo y otras de mimbre, como las de la playa, una de hierro, solitaria. Era maravilloso ver todas esas piezas juntas como testigos de las épocas por las que había pasado la casa recogiendo ésto y aquello a su antojo para traer todo al presente como una ofrenda amorosa y ridícula. Los platos, por ejemplo, había Limoges de bordes azules y dorados, Rigolleau de flores naranjas y rosas, platos de plástico, de loza, cascados, de vidrio marrón, platos de sopa para chicos que Lala y yo habíamos usado. Había cuatro exprimidores diferentes. En los cuartos había olor a humedad a pesar de que la mujer de Funes abría los postigos todas las semanas. Había crucifijos sobre varias camas, había portaretratos desperdigados por toda la casa. Había hasta gente que no reconocíamos en esas fotos. Algunos éramos nosotros mismos en un día que habíamos olvidado. Había perros, siempre había muchos perros en esa casa, esa vez eran siete. Mínimos y enormes, todos mestizos. De chico yo me había empeñado en determinar de quién eran, si de Funes, en ese momento Funes padre, o nuestros. "Del campo", había dicho mi padre, "esos perros son del campo". "¿Y el campo?", había dicho yo, "el campo es nuestro, no?" Mi padre se había reído y me había dicho "Las cosas que son del campo son del campo, Juan, no son de nadie".

Lala le preguntó a la mujer de Funes los nombres de los perros nuevos, y en seguida la rodearon alegremente, como si hasta los que no la conocían hubieran entendido

quién era. Lala, la que de chica siempre metía perros en su cama.

Pasamos la tarde en la casa, jugando con recuerdos, riéndonos. "Ahora tenemos recuerdos", dijo Lala, "antes, cuando éramos chicos, no teníamos". "Tenemos eso, Juan", dijo.

"Y estamos haciendo otros nuevos", dije y me arrepentí mientras lo decía. Después me levanté y dije "Mejor te voy a cocinar algo". Le pedí a Funes las llaves de la camioneta y fui al pueblo. Encontré menos de lo que esperaba, pero fue suficiente. Pasé por Amparo y compré vino, aceite, especias, semillas de amapola y sésamo negro y blanco. A Funes le había pedido un pollo y vegetales, "los que haya nomás", le había dicho.

Lala había puesto el aparato de música en la cocina. Cassetes de Marvin Gaye, de los Beatles.

Mientras cortaba las verduras, me di cuenta de que ahí, en la cocina del campo, estaba la razón por la que yo me había dedicado a cocinar. Había aprendido a amar esos olores antes de aprender a hablar. Lala dijo que ahí también había una explicación de lo que ella era. Después dijo que iba a buscar algo y se fue.

Cada vez que me dejaba solo una jauría de ideas me rodeaba y solamente la presencia de Lala podía volver a disiparlas. Vacié mi copa y me serví otra, bebí sorbos largos como si volcara el vino dentro de mi cuerpo, me limpié con el dorso de la mano como no habría hecho nunca delante de Lala.

Cuando volvió, con un ramito de jazmines, quise decirle que no me dejara solo pero sabía que iba a contestarme que yo era un tonto. Puse la mesa, y con

un repasador en el hueco del codo, y los pies juntos, le serví lo que había cocinado. Comimos con música y en una canción que Lala se puso a cantar me paré, subí el volumen y bailé. Bailé como cuando tenía veinte años. Ella me dijo que yo siempre había sido así. "Así cómo", dije. "Seductor", dijo. Me subí a la silla y seguí bailando para ella, levantándome la remera, girando con los ojos cerrados. Lala se reía y yo hubiera hecho cualquier cosa para que ella siguiera riéndose así. La silla parecía bailar conmigo, obediente. Cuando me caí Lala corrió y me puso la mano debajo de la cabeza. Sentí que había hecho eso muchas veces, cada vez que yo me había caído de un árbol, cada vez que a alguno de nosotros lo había tirado un caballo o lo habían retado. Los ojos grandes de Lala, su piel pálida. Tenía un pequeño hueco en la frente, como si le hubieran hecho una marca. Sentí que todos le debíamos algo. Cerré los ojos y me acerqué a su cara. "Qué hacés", dijo, y me empujó. "Qué hacés", repitió con ojos furiosos. "No sé", dije antes de verla salir de la cocina. Ahora sé que hubiera querido preguntarle qué debía hacer porque a pesar de que aquel fin de semana no logré hacer lo que ella quería, yo estaba dispuesto a todo. Habría hecho cualquier cosa que ella me hubiera pedido. Pero Lala nunca pedía nada.

Esa noche me fui a la habitación grande, en la otra punta de la casa. ¿Qué tenía que hacer? ¿Hablarle a Lala de Dios? ¿Descrucificar esos cristos que no dejaban de morirse sobre las cabeceras de nuestras camas desde que éramos chicos? ¿Hacerla feliz por un fin de semana, redimirla de la sucesión de simulacros de felicidad que a veces me parecía su vida? ¿Hay felicidad mediocre? Siempre

sentí que no sabía cómo llorar, como si hubiera un modo correcto de hacerlo. Lloré boca arriba con los brazos a los costados del cuerpo, como cuando era chico, entregado al último de los últimos recursos. Lloré hasta quedarme dormido.

A la mañana Lala había puesto flores en la mesa y preparaba el desayuno. Pan casero, manteca hecha por la mujer de Funes, café con leche en tazas grandes, un huevo. Estaba muy tranquila. Me preguntó cómo era ser cocinero en un barco, si era feliz, si estaba enamorado. Yo no me atreví a hacerle las mismas preguntas. Ella me habló de su jardín, dijo que nunca habría podido vivir en un barco porque no hubiese podido no tener un jardín. Dijo que extrañaba trabajar y sonrió. A veces sonreía sólo para aliviarnos a los demás.

Después salimos a caminar. Los recuerdos seguían cayendo suavemente sobre Lala y yo, que nos dejábamos atravesar como si los fantasmas fuéramos nosotros y no los que nos rodeaban, todos esos primos, tíos, tías, abuelos y amigos que nos seguían envolviéndonos en un murmullo suave bajo el sol o entre los árboles. Cruzamos al otro lado de la laguna y ahí vimos a los caballos. "Mirá, Laura, la Morita", dije. "No puede ser". "Sí, mirá, ese modo de pisar, la mancha al costado de la cara. Es la Morita". "La Morita se tiene que haber muerto, Juan". "¿Por qué se tiene? Nadie tiene que morirse". "Sí, Juan", dijo Lala y nos quedamos callados. El campo, la laguna y la tarde también. Cuando le preguntamos a Funes dijo que esa yegua era hija de la Morita y que tenía sus mismas mañas. "Y sus mismas virtudes seguramente", dijo Lala. Funes se rió y dijo que si queríamos la ensillaba. "Sí, Fu-

nes, mañana a la mañana salimos", dijo Lala. Yo me había quedado pensando qué habrían hecho con la Morita cuando se murió. No me imaginaba a Funes haciéndole una ceremonia a un caballo. No pregunté y le dije a Lala que sí, que salir a la mañana era una buena idea.

Las horas pasaron entre caminatas y recuerdos. Lala miraba el campo en silencio y yo quería ver lo que veían sus ojos. Volvimos por la tarde a la casa y preparé algo de comer.

"Salimos hoy a la noche", dije. "¿A peludear?", preguntó. "No, a peludear no, a pelotudear". Lala no decía malas palabras, pero esa vez se rió, se rió de un modo diferente, sacudiendo la cabeza y levantándola, como con brío. Eso era algo nuevo en ella y por ser nuevo me pareció que era bueno. "A la sierra", dije. "'¿Hasta allá? ¿A esta hora?", dijo ella. "Tenemos toda la noche". "Toda la noche, no", dijo, "yo también quiero dormir". No sé qué cara puse pero al final dijo "Bueno, dale" y sacamos la camioneta.

Cuando el camino se acabó, caminamos y empezamos a trepar. Lala se cansaba y nos sentamos en una piedra. A medida que subíamos el viento era más fuerte. "Te quiero mostrar algo", dije. "¿La tabla?". "¿Cómo sabés?". "Te habían castigado por venir y me contaste, ¿no te acordás, Juan?". No me acordaba de eso pero supe llegar a esa parte en la que la sierra parecía ofrecer un trampolín. Una saliente de roca sobre el vacío que de chico había bautizado "la tabla" por las tablas de los barcos piratas. Casi no había cambiado, no sobresalía tanto como en mi recuerdo y se había afinado un poco, pero ahí estaba mi lugar favorito, mi posibilidad de riesgo real cuando todo era seguro y yo igual sentía miedo.

Trepé y caminé por la tabla con los brazos abiertos. El viento hacía que yo empujara mi cuerpo hacia delante como apoyándome en él y en la idea de que no dejaría de soplar.

"Juan, bajá", dijo Lala, "te podés caer". Yo grité y el grito pareció irse para atrás, como barrido, sin durar. Cuando bajé le dije "Ahora vos". "Estás loco", dijo. Insistí y ella dijo que se quería ir. "Lala, no te va a pasar nada", decía yo. "Vos y yo queremos cosas diferentes, Juan", dijo ella al final, y empezó a bajar entre las piedras, sola. La seguí.

Abajo, donde no soplaba el viento, en la oscuridad y antes de poner en marcha la camioneta me pareció que podía escuchar el ruido que hacía la luna al moverse, como si raspara contra un cielo de metal, como si algo no estuviera bien en esa noche en la que nos tocaba estar.

A la mañana siguiente los caballos estaban atados junto a la galería.

Mientras tomábamos el café Lala dijo "Cuando volvemos hacemos los bolsos". "Quedémonos un día más", dije. Ella dijo que no podía. Insistí, y me miró sin responder. "Una noche por lo menos", supliqué al final. "No puedo", dijo, dejando la rodaja de pan en el plato, entera.

A media mañana habíamos llegado a los corrales del fondo y cuando volvíamos Lala empezó a galopar. Ponía las riendas debajo de un muslo y gritaba "Sin manos", como hacía Pichi, la más chica de los primos, porque no sabía soltar el manubrio de la bicicleta, y una tarde pensó que era lo mismo soltar las riendas. "Sin manos," gritaba Lala, con ese brío con el que se había reído antes, "sin

manos". La yegua galopaba estirando el cuello hacia adelante, como si nadara y no quisiera ahogarse. El pañuelo se voló de su cabeza, y Lala fue la mujer más hermosa que vi en mi vida. Parecía desnuda, subiendo y bajando las olas invisibles, riéndose toda. No dejó de reírse y yo la seguí, galopando a su lado, intentando decir "sin manos" con las riendas en la boca, para que ella siguiera riéndose y galopando así.

Galopamos casi todo el camino de vuelta y cuando llegamos a las acacias, al tranco, Lala me dijo "Sabés, Juan, Funes está equivocado. Vos tenés razón. Ésta es la Morita. No hay dos manchas iguales, y ésta es la de la Morita. ¿Y vos viste cómo cambiaba de mano cuando yo hacía así? Eso sólo la Morita sabía hacerlo". Yo le dije que sí, que ésa era su yegua, la Morita, la Morita de siempre.

Partir

Amanezco antes que el sol. Camino descalza por la casa y me siento frente a la ventana. El verano se está yendo.

Ahora, todo parece quieto. Como pasos, algo late.

Miro la palabra "parto" por todos lados, como si fuera un cubo.

De un lado, veo a mi papá, en *kimono*, empacando trajes.

Las valijas son de cuero y tienen correas como cinturones. Las paredes son de papel de arroz y las puertas, corredizas. Puedo ver la escena completa. Es suave.

Doy vuelta el cubo y pienso que él partió no cuando salió de Japón sino cuando decidió quedarse en Argentina. De esa escena me falta una pieza. Hay algo en esa decisión que no entiendo.

Miro el otro lado de la palabra. "Parto" también es el acto de llegar a la vida.

Una sabe cuándo es el momento. No por los cálculos del médico, sino porque una lo reconoce, como se reconoce a alguien a quien se espera apenas se dibuja su silueta. O antes.

Una acepta lo que siente. El médico "da" una fecha, como una sentencia.

Decido no ir a trabajar. Me quedo todo el día en casa. No como y camino de un lado al otro, como los leones en las jaulas. Soy el león y soy la jaula que lo encierra.

Pienso en mi infancia.

Me di cuenta de que éramos diferentes cuando fui al colegio.

Los otros chicos se estiraban los ojos con los índices y me decían "china". Yo les decía que era japonesa y ellos decían que era lo mismo. Yo no les respondía. No entendía por qué decían eso, ni muchas otras cosas. Me gritaron, me empujaron y algunos me golpearon. Todos ellos parecían muy enojados conmigo.

Cuando creí que todo había pasado, como pasan los terremotos, dos chicos más grandes que yo, en el baño de varones del colegio, hicieron llorar a mi hermano. Nunca supe por qué.

Desde ese día empecé a hablar en primera persona del plural.

Los terremotos no son sólo el temblor de la tierra y una de las primeras palabras que aprendió a decir mi papá. Para los japoneses, son una posibilidad.

Ellos, los otros chicos, estaban enojados con nosotros.

Yo no decía nada sobre otros gestos que veía. Como por ejemplo que no agradecían. Como si las cosas hubiesen estado siempre donde las encontraban, y nadie las hubiese puesto ahí para ellos. La comida, la ropa, los juguetes.

También dejaban los zapatos tirados. No los acomodaban paralelos como los pies, y de modo que no quedaran en el paso o desalineados. A veces quedaban con la

suela hacia arriba y los cordones atados, y ellos demoraban cuando querían volver a ponérselos.

Después conocí a sus familias y sus casas. También eran diferentes. O éramos nosotros los diferentes. Yo no sabía.

La comida que más me gustaba era huevas de salmón. Mi papá las traía a veces, de los barcos. Los otros chicos no las conocían. Tampoco sabían dónde estaba Japón, y que había habido una guerra fuera de las películas.

Siendo adolescente me enojé con el cine porque embellece la guerra. La guerra no es así, pensé. Cuando le pregunté a mi papá, él me habló del miedo, me describió las noches de apagón y el intento de esconderse en la oscuridad. De repente algo que rasga el silencio y crece. Después, un desfile de pájaros blancos enormes. El ruido es una vibración en el cuerpo. El silencio está hecho pedazos en el suelo. Él despliega los brazos. Tiene los ojos muy abiertos y mira al cielo que afuera es celeste y él y yo vemos negro, sentados en el comedor de casa. Los aviones que venían a bombardearlos. Me dijo que eran bellos. Espantosamente bellos.

Dejo de mirar los cubos de las palabras y las imágenes. Mi cuerpo me llama.

Reconozco una de las señales que me enseñaron en el curso. Es el momento. .

Son más de las once de la noche. Hago las llamadas de aviso. Mis padres me dicen que vienen a buscarme. Estoy tranquila y espero. Estoy sentada en el living de mi casa. Todavía suena la música que había puesto. Bach. Hay cosas que son universales. La mayoría recorremos más o menos los mismos caminos. Con algunas diferencias.

No tengo televisión. Cuando era chica tampoco teníamos. Por elección. Es difícil explicar por qué uno elige algunas cosas cuando lo hace desde un lugar donde no hay palabras. Mi papá cuando era niño se dormía mirando las vetas de la madera en las vigas de la casa. La televisión no es necesaria. El cubo muestra otro de sus lados.

Sigo esperando. Las piernas cruzadas en posición de loto, una mano por encima y otra por debajo de la panza. El futuro irrumpe en mí y es casi un reflejo mirar hacia el pasado. Insiste mi infancia: los otros chicos no corregían nunca a sus papás como yo, que a veces le decía al mío que se decía "vaso" y no "taso", que yo me imaginaba que era el masculino de taza. Adopté ese lugar que es la diferencia como mío.

Algún lugar tenía que adoptar: el país en el que vivía me consideraba extranjera y al otro ni se me ocurría ir.

Veinte años después fui. Y también fui extranjera. Me dolió como duele un golpe dado en una herida. Sufrir, amar, partir, dice el tango. A mi papá no le interesa el tango, ni el fútbol. Se quedó por otras cosas. No veo un lado del cubo, como si estuviera incompleto.

Al conocer Japón conocí más a mi padre. No tanto por lo que tenían en común sino por lo que los diferenciaba. La rebeldía, prolija y tenaz, por ejemplo.

Levanto el cubo y miro otro lado. Partir es hacer mitades, dice el diccionario.

Mitad: *half*. Así se llama en Japón a los hijos de un japonés con una persona de otra raza.

Antes se usaba la palabra "*ainoko*", que significa algo así como hijo del amor, pero después de la guerra esa

palabra empezó a tener una carga despectiva porque se usaba para los hijos de las japonesas con soldados americanos. Hijos del enemigo.

Así que yo soy "*half*". Soy japonesa en Argentina y argentina en Japón, así, con las minúsculas para mí y las mayúsculas para el país.

Partir también es romper, agrega el diccionario. Romper, separar partes. Otro lado del cubo. Mi papá dejó en Japón a su madre, viuda desde que él tenía dos años y a su hermano, enfermo desde la guerra.

Mi abuela se llamaba Katsu y dicen que yo me parezco a ella.

No la conocí salvo por historias que contaba mi papá y una foto que vi una vez en la que busqué a la mujer fuerte que mantuvo sola a su familia y a la de su marido, perdiéndolo todo varias veces durante la guerra.

En la foto había una viejita que parecía una ciruela de esas que en Japón se llaman *umeboshi*. Chiquita y arrugada, incómoda ante la cámara.

Sobre todo ahora dicen que me parezco a ella. Ahora que voy a tener a mi hijo sola. Sola a los cuarenta. Dijeron que soy "añosa" y a mí me sonó a árbol. Los árboles no paren. Algunas conjugaciones del verbo "parir" parecen más relacionadas con detenerse o estar de pie, que con dar a luz. Los árboles no dan a luz. Dan sombra.

En lo que sí me siento parecida a un árbol, más ahora que a los veinte años, es en la solidez. Cierta forma de fortaleza.

Una de las formas de decir fuerte en japonés es Kenta. Qué palabra tan bella...

Llega el dolor del que me habían hablado. Interrumpe y devora todo. No grito como en las películas. La casa está en silencio.

Llegan mis padres, juntos, como en los últimos cuarenta y dos años.

Se casaron a los pocos meses de conocerse. Mi papá tuvo un solo invitado a su casamiento: un empleado de la empresa para la que había venido a trabajar. Mi mamá en cambio tuvo cientos, porque estaba en su ciudad y esa ciudad era chica.

Casarse con un japonés era lo más raro que alguien podía hacer en Necochea. Una vez leí que la forma más extrema de la exogamia es casarse con alguien de otra raza.

Después vinieron a vivir a Buenos Aires. La oficina en la que trabajaba mi padre estaba en La Boca, cerca del puerto, en el que entraban los barcos pesqueros que atendía.

Él tenía dos jefes. Para un japonés un jefe no es lo mismo que para un argentino. Las jerarquías se graban de un modo profundo. No es un orden caprichoso, es algo férreo.

Los jefes le dijeron un día que trajera a su mujer para cenar juntos. Mi papá le dijo a ella el día y la hora. Iban a esperarla en la puerta de la agencia. Ella tomó dos subtes y llegó seis minutos tarde. Cinco minutos después del horario acordado, los jefes dijeron que iban a ir caminando hacia el lugar, que ella fuera cuando llegara. Mi papá se quedó a esperarla. Ella llegó unos segundos después. Los jefes caminaron unos metros por delante sin darse vuelta. Mis padres, detrás.

Los jefes estaban ofendidos por la demora, mi madre, por sus modales.

Mi papá estaba entre ambos, partido. O multiplicado.

Ella siempre lo acompañó. Como acompañan las paredes de una casa al techo. Siempre estuvo de un modo casi invisible, como en esto que escribo. Y a veces me parecía más japonesa que él.

Ella toma el tiempo entre un dolor y el otro. Mi papá maneja.

Recostada en el auto veo pasar plátanos, tipas, arces. El dolor los borra. En su lugar deja un desierto sin árboles.

Partir es dividir. Dividir es saber cuántas veces cabe un número en otro.

Cuánto cabe en uno. Uno, punto de partida. Allí cabe todo.

Mi padre eligió quedarse en esta tierra por mi mamá, y otros motivos. Los busco.

Una vez me dijo que se había quedado por el puente que está frente a la Facultad de Derecho en la avenida Figueroa Alcorta, y porque en un bosque del sur (creo que en Bariloche) los árboles que se caen no son retirados sino que se dejan para que formen parte del paisaje.

Los árboles caídos también son el bosque.

La idea de la muerte siempre fue diferente en mi casa. No era lo opuesto a la vida, sino una parte de ella.

Puedo hacer una lista de las palabras que en mi casa tenían un significado diferente al que tenían afuera: muerte, yo, invierno, otro, sal, esfuerzo, palabra, beso, honor, abuelo, espera, té, trabajo, comer, silencio, aceptar, dolor.

La partera dice que no debo tener contracciones porque sino estaría quejándome. Mi madre le dice que yo no me quejo, y me da la mano.

Mucha gente se queja del tiempo. Jamás escuché en casa de mis padres quejas sobre el sol o la lluvia, el viento, el rocío, la escarcha.

La partera hace el control y antes de terminarlo llama al anestesista y al obstetra de urgencia.

Suelto la mano de mi madre.

Una hora después mi bebé está en mis brazos.

Sólo puedo decir las mismas frases ya dichas por todas las mujeres al ver a su hijo.

El médico llena una planilla sin mirarme. "¿El nombre?", pregunta, ahora mirándome.

Veo mi sangre en los guantes que aún tiene puestos.

Busco adentro.

"Kenta", respondo.

Vuelvo a decir el nombre para dárselo a mi hijo. Suave y firme, repito: Kenta.

Siento que soy una parte de algo mucho más grande.

Algo que empezó del otro lado del mundo, donde la gente acomoda los zapatos cuando se los saca, y sigue acá, donde la gente los deja como quiere.

Tan breves como un trébol

Tres hombres tiran con fuerza de las manos del potrillo para que termine de nacer.

Parece que la yegua se muere, entonces mandan a los chicos a la casa a mirar televisión. Para que no vean la muerte.

A mí la vida, el nacer del potrillo, me parece tan cruenta como sería la muerte de la yegua. "La muerte es limpia", pienso.

Los chicos están asustados pero no quieren irse. El vértigo flota en el aire como una telaraña, y ellos están atrapados, mudos, quietos.

En una mezcla de empujón y abrazo los voy llevando a la casa y al rato parece que se olvidaron de la escena del parto. Yo no. Yo pienso en la yegua y recuerdo el nacimiento de mi hijo.

El obstetra y el anestesista pusieron los antebrazos en mi vientre y echaron sobre él todo el peso de sus cuerpos enormes. Cada vez que lo hacían, chorros de líquido caían en el piso desnudo de la sala de partos. Esas olas de sonido aún golpean el piso en mi memoria.

Cuando los hombres vuelven del galpón a la casa dicen que la yegua está bien, que no se muere.

Al día siguiente vamos a ver al potrillo. Patas de ramitas a punto de quebrarse, pelo suave, ojos grandes.

El encargado lo agarra y los chicos le acarician la panza por turno: mis dos sobrinas, de cuatro y de seis años, y mi hijo, de dos.

Cada uno se adueña de su lugar en la corta fila de tres más que del momento de tocar al potrillo, que pasa fugaz, antes de que vuelvan a ponerse en fila diciendo "Otra vez, otra vez...".

Cuando la excitación decae, el hombre dice que van a darle de comer a las ovejas, y los chicos corren, riendo.

La perra ladra como si se riera con ellos.

Un revoloteo de mariposas. Por dentro y por fuera.

Siempre es así: yo soy sólo un espejo. Lo que queda en el medio, obligado a reflejar. Mi hijo es feliz: yo también.

No, no siempre fue así.

Yo tuve otra vida antes de él.

El encargado arroja una bolsa de arpillera al suelo y les dice a los chicos que junten pasto sobre ella.

Hay un carnero nuevo, regalo de un vecino.

El encargado toma dos puntas de la bolsa y yo le muestro a mi hijo cómo tomar las otras.

Llevan el pasto hasta el alambrado y lo echan adentro del corral.

Las ovejas se reúnen alrededor del alimento, como todas las especies.

"Son tontas", pienso. Por mansas, porque avanzan pegadas una a la otra, por lo que falta en sus miradas.

La tranquera está abierta. "Son tontas", pienso de nuevo, como si pudieran escapar a algún lado que no fuera otro cautiverio.

Ahora están en el corral. La perra entra y alguien la ahuyenta. Los chicos corren a las ovejas. La estela de risas endulza el aire y la tierra seca. Mi hijo lleva puestos sólo pañales. Levanta los brazos y grita abriendo mucho la boca. Todo en él es intenso.

Las chicas en cambio son más cuidadosas. A la más grande le ha crecido la conciencia como le han crecido las piernas, y las dos, como todas las mujeres, ya tienen un secreto.

Han acorralado a las ovejas en una esquina, junto al bebedero.

Las ovejas balan asustadas, torpes. Los chicos disfrutan del poder.

"Elijan una", dice el encargado levantando el lazo en una mano. Va a enlazarla para que la toquen.

Uno imagina a las ovejas livianas y muy blancas, con densidad de nube. Estos animales son de una densidad casi hermética, pesados, feos, de colores sucios, negros, marrones, con olor a algo viejo.

Mi sobrina elige a una pequeña con una mancha blanca en la cabeza.

El encargado revolea el lazo y atrapa las patas delanteras de la oveja que cae de costado, levantando una nube opaca de polvo.

Los chicos corren a tocarla con manos de estrella. Ellos la tocan y yo puedo sentir la textura de la lana seca. Sé que sienten algo que sólo se apoya en ese gesto de tocar: dominan aquello que antes les dio miedo.

La sueltan y enlazan a otra. Mi hijo quiere el lazo. Juega a tirarlo, y cuando la oveja elegida está en el suelo, el encargado lo deja sostener una punta.

Mi hijo grita de contento y tironea con fuerza.

Yo estoy del otro lado del alambre, fuera del corral en donde ahora todos corren: las ovejas, detrás los chicos y la perra, y detrás de ellos, los dos hombres.

De repente las ovejas están acorraladas en una esquina, mis sobrinas junto a ellas, el encargado detrás, mi hijo en medio del corral, solo, y otro hombre en la otra punta, cerca de la tranquera.

Yo, afuera.

Mi hijo solo, con su metro de estatura, sus piernas de leche, sus movimientos imposibles como si no tuviera músculos sino que fuese movido por alguna fuerza interna, como se mueve el agua o el viento.

Lo veo y siento miedo. Una aguja de miedo. Es algo que ha nacido en mí junto con él, este miedo. Un miedo tan real que puedo tocarlo como toco el alambre. Tiene púas.

Grito el nombre de mi hijo. Me mira. Está quieto.

El carnero nuevo se separa de la manada y corre hacia él.

La muerte es un animal que corre hacia mi hijo quieto.

El carnero pega un salto y lo roza. Los hombres corren. El encargado tira el lazo y falla. El otro grita con la mandíbula desencajada. Hay líneas azules en su cuello. Corren de un modo diferente. Todo se ha acelerado. Mis sobrinas lloran. El carnero da la vuelta y vuelve a correr hacia mi hijo, de frente.

La perra se lleva por delante a mi hijo, lo levanta en una extraña pirueta. Cae de cara contra la tierra. Todo ocurre rápido y yo corro lento, con todas mis fuerzas. El

encargado ha enlazado al carnero en el aire. Cae también de cara contra la tierra, sangra.

Levanto a mi hijo del suelo. Lo abrazo: lo devuelvo a mi pecho. Él llora. Salgo del corral y corro hacia la casa que nunca estuvo tan lejos.

Siento líquido en mis brazos y lo siento en mi ropa que se pegotea. Despego a mi hijo de mí: su boca sangra tanto que no puedo verla. Sangra sangre negra. Lo aprieto contra mí. No debería haberlo dejado. No. Quiero arrancar algo de mí, no sé qué parte. Un brazo, un ojo, una víscera que nunca vi, mi nombre, algo que duela.

Hay sangre en las manos de mi hijo y en su cara, en mi pecho, en nuestra ropa. Me mira con ojos de pregunta y yo sé que debo responderle que no tenga miedo. Lo aprieto más fuerte contra mi pecho para que no note que tiemblo. Corro. La casa sigue lejos.

Antes de llegar, las mujeres vienen hacia nosotros. Entramos todos juntos, el llanto de mi hijo en el centro.

Sus ojos de pregunta insisten cada vez que se despega de mi cuerpo.

Lo sostengo junto a la canilla del baño, las mujeres lo limpian con un pañuelo. Sacan de su boca sangre y tierra. La misma boca que hasta hace poco sólo tomaba leche de mi pecho.

Ya no tiemblo y es menos mentira cuando le digo que va a estar bien. Él ya no llora. Cuando dejo de sentir miedo, él acepta tranquilo que le pongan hielo. Tiene el labio partido, cortado apenas el frenillo, raspado el mentón y la frente. Le hago cosquillas y ríe. Me devuelve algo que regresa adonde pertenece. Mi hijo sostiene una bolsita de hielo contra su boca. El mundo se acomoda.

Un rato después estamos despidiendo a aquellos que se van antes de que llegue la tormenta que se anuncia en el cielo.

Oscurece. Pero en el campo eso no es sólo luz que retrocede, lámparas que se encienden.

Al pasar, uno de los hombres me dice en voz baja que ha mandado matar al carnero.

La idea esa noche no me dejará dormir, pero en ese momento me es grata. El carnero morirá una y otra vez en las vueltas que daré en mi cama.

Recordaré su lengua cayendo de la boca abierta a la tierra como algo ya muerto o que anticipa la muerte.

"No lo mates", diré por la mañana. Pero en ese momento, la idea de la muerte del carnero me reconforta.

Llevo a mi hijo en brazos, afuera. Vamos a ver la tormenta.

Nos alejamos de la casa, hasta que las ventanas son sólo cuadrados amarillos que tiemblan.

El cielo es enorme, cóncavo. No es un plano celeste que flota sobre terrazas y cabezas, es algo que rodea, ineludible, desde lejos.

El cielo es limpio, pienso. Algo resuena. No, no el cielo: la muerte. El cielo es limpio, pero es la tierra la que es bella, pienso.

La tormenta se anuncia en el silencio y el viento.

Lo que se anuncia en silencio se anuncia con más fuerza.

Los caballos corren en círculos, relinchan, advierten. Las ovejas balan llantos y quejas. Los pájaros vuelan como si huyeran.

Mi hijo nota el revuelo, me pregunta si la tormenta es mala o buena.

"Vamos a verla" le digo y señalo el sur, que antes estuvo naranja y rosa y antes celeste. Ahora está negro.

Al este y al oeste, azules diferentes.

Abrazados en medio del campo, mirando lo que viene, mi hijo y yo somos tan breves como un trébol.

Índice

Desayuno perfecto 5
Los restos del secreto 11
Arroz 25
Los nombres 29
Tres sillas 41
Fragmentos de una conversación 45
Las botas 55
El pozo 61
La oscuridad es una intemperie 91
El pañuelo y el viento 97
Partir 101
Tan breves como un trébol 119

Esta segunda reimpresión
de 1.000 ejemplares
de *Los árboles caídos también son el bosque*
de Alejandra Kamiya
se terminó de imprimir
durante el mes de marzo de 2018
en Press Point, Elcano 3969,
Ciudad Autónoma de Buenos Aires,
Argentina.